

Novela

---

**GANZÚA**

**LUIS FERNANDO MACÍAS**

© Luis Fernando Macías Zuluaga

© Editorial El Propio Bolsillo, 1990

Los personajes y situaciones que aparecen en este libro, son producto de la imaginación. Mera ficción literaria.

---

*¿Tienes ángel de la guarda?  
No es un ángel un ser de este mundo,  
alguien que vive entre nosotros.*

---

1

Entró hasta la cocina, miró hacia el fogón de dos puestos que estaba sobre el poyo: una parrilla vacía, una olla de frijoles en la otra. A un lado de la poceta yacía la caja de cubiertos donde asomaba la catcha negra del cuchillo.

Antes de entrar, había estado en la esquina de la carnicería.

—Estamos muy pelaos, hermano —le había dicho su compañero.

—Fresco; esta noche nos encabamos. Ahorita voy a la casa y vuelvo mancao.

Procuraba que cada uno de sus movimientos fuera lo más natural posible para que su madre no descubriera en ellos las razones íntimas que los motivaban. La madre, flaca y pequeña, estaba inclinada frente al chorro jugando la olleta que puso a un lado, para jabonar después el molinillo. El se acercó, le apretó los hombros con las manos y mordió la endeble nuca arrugada con tanta ternura que la anciana se estremeció y dejó escapar una sonrisa. El tomó una taza del locero de alambre que colgaba de la pared a un lado de la poceta frente a la caja de cubiertos. Ella había sentido su proximidad desde antes que él empujara la puerta de la calle y, sin alterarse, había comprendido sus intenciones. En su actitud y en sus modales, estaba dado que la vida había sido dura con ella, hasta el punto de que todo suceso, ahora, era motivo de aceptación o resignación. El se dio vuelta y caminó hasta el poyo, destapó la olla de la aguapanela que estaba junto al fogón y llenó su taza. Ella cerró la canilla, puso el molinillo sobre la olleta y volteó para ir en

busca de una toalla. El salió tras ella con la taza levantada a la altura de los labios; sorbía mientras caminaba. Ella fue hasta el corredor, se secó en la toalla del lavamanos y volvió.

—Llévese esta taza por ahí derecho —le dijo él, en el momento de cruzarse—. Ella recibió la taza y entró de nuevo en la cocina. El salió.

## 2

Listo, llave —le dijo al muchacho que lo esperaba en la esquina.

—Tranquilo, viejo man —respondió el otro, de ojos grandes, negros. Ambos se sentaron en el borde de la acera, junto a la carnicería. Eran las cinco de la tarde y el sol casi tocaba las montañas de occidente. Miraron hacia arriba y era como si todo estuviera detenido, el cielo azul, las casas de colores del barrio. Miraron hacia abajo y los instantes de la vida venían y se iban sin que ellos lo notaran. Miraron hacia un lado y vieron pasar a los casuales transeúntes. Miraron hacia otro lado y la transparencia rica del aire a esa hora no fue motivo de preocupación para ellos. Sin que lo notaran, las sombras de la noche fueron cayendo hasta envolverlo todo.

El único motivo de conversación retornaba después de un largo lapso:

—Armemos el otro.

—Listo hermano.

Y mientras Ganzúa fue a la tienda para comprar un cigarrillo con el último peso que les quedaba, Petróleo sacó una cajetilla de Pielroja vacía, de la que separó la parte que ellos llaman: “cuero” y, cuando Ganzúa llegó de cigarrillo en la boca, se lo entregó mientras él, mirando hacia todos lados, se metía la mano por entre los pantaloncillos, de donde sacó un bolo, desmenuzó y armó, sacó fósforo y encendieron.

—Hay que esperar todavía.

La noche avanzaba. Cada vez los rostros y los fugaces cuerpos eran más escasos: casi imperceptiblemente fueron mermando hasta cuando las calles parecían dormir bajo la penumbra.

Como a las nueve había pasado alguien:

—Un pesito, llave.

El hombre, sereno, se había llevado la mano al bolsillo.

—Gracias, pelao —le habían dicho al recibir el billete de cinco.

Más tarde, cuando ya habían gastado los cinco pesos en cinco cigarrillos, cuando ya habían recogido sus propias colillas del piso, vieron a un borracho que subía desde muy abajo.

—Viene la ficha —dijo Petróleo—.

/

*¿sabe qué, panadero? Eso fue en diciembre, el veinticinco por la tardecita. Yo tenía siete años. Esa vez, el niño Dios me había traído una volqueta de remolque. Estaba jugando con ella en el solar de abajo, bacano ahí, metido entre la gente. A mí me gustaba era estar con los grandes. Ellos estaban tomando cocol junto a la choza que tenían ahí, y a mí me dieron ganas de probar. A mí me daban ganas de hacer lo que la gente estaba haciendo ¿entiende?, ¿sabe qué? Me fui arrimando al balde hasta que metí la mano y me la chupé.*

—¡Qué pasa culicagao! —Gritó Nesper—. ¡Tun! Cocotazo fuerte.

—¡Uy, Nesper —le dijo Rafa—, tranquilo, hermano. El pelao tiene ganas de probar a ver cómo es la cosa!

*Y me dijo a mí:*

—¿Se va a tomar uno, Ganzúa?

*Yo estaba tirado en el suelo, llorando; había cogido un puñado de tierra y lo tenía listo.*

—¡Uy, Ganzúa, no llore. Tómese uno pa' que se le pase la piedra que tiene! —me volvió a decir y me estiró la totuma llena. Yo me restregué los mocos y le recibí la totuma sin soltar el puñado de tierra.

—No le den alcol a ese muchachito —dijo una vieja de la vuelta, que estaba tomando ahí con ellos y contando chistes.

—¡No! Déjenlo que tome pa' que aprenda a ser hombre.

*Yo tenía la totuma en una mano y el puñado de tierra en la otra.*

—¿Se lo va a tomar o qué?

—A ver, Ganzúa, tómeselo que usted va a ser un verraco.

*Me lo mandé, le entregué la totuma a Rafa y apreté la tierra. Ellos soltaron la carcajada y aplaudieron y todo. Después cogí la volqueta y esperé a que estuvieran descuidados pa' tirarle el puñado de tierra a Nesper en los ojos.*

*A la distancia, le grité:*

—¡Hijueputa!

*Desde que estaba pelao, yo soy como soy. Ese trago me supo maluco, pero al rato volví y ahí fue cuando me dijeron:*

*—Eso Ganzúa, usted es un verraquito. ¿Cierto que se va a tomar el otro? Nesper me lo sirvió; ya estaba contento conmigo.*

*—Me gusta por hombrecito —me dijo—. Me puse contento y me tomé el otro. Todos me aplaudieron.*

*—¡Descaraos, aprovechándose de los pelaítos! —Les dijo la vieja esa de la vuelta.*

*—¿Sabe qué, pelada? no se meta.*

*No me acuerdo de lo que pasó después, dicen que me iba a parar, pero que no fui capaz porque estaba todo turuleto: ella fue la que me llevó y me bajó los pantalones y tal pa' que yo pegara la miada. Después me dio fue por vomitar y dicen que ella me sostenía pa' que no me fuera a caer, hasta que me llevó a la casa para ella volver a la choza.*

### 3

Contaron el dinero, lo dividieron en dos, se despidieron.

Ganzúa llegó hasta la casa, sacó las llaves del bolsillo y, lentamente, abrió la puerta. Llegó a la cocina, lavó el cuchillo y lo puso en el mismo lugar de donde lo había cogido. Destapó la olla de frijoles, miró adentro y volvió a taparla. Entró en la pieza, se quitó la ropa, se metió bajo las cobijas, encendió el radio de pilas que sacó de debajo de la almohada, buscó los tangos y cerró los ojos.

### a

Van a poner vara de premio en la cantina de Jorge —dijo uno de nosotros—. Y nos fuimos detrás de ellos, la barra de los grandes.

—¿A dónde van, culicagaos? ¡Upa, pa' la casa a que les den tetero! —Nos dijeron en la manga, cuando se dieron cuenta que los estábamos persiguiendo.

Nos hicimos los que nos devolvíamos. Se iba a largar un aguacero.

—Tenemos que cortarlo rápido, antes de que nos peguemos una mojada. —Dijeron cuando iban llegando a los pinos, arriba.

—¡Ay, jueputa, nos vamos a mojar! —dijo uno de nosotros cuando empezaron a caer goteras. Ellos estaban al frente, pelando el palo con los machetes.

—Bueno, ya que están aquí, ayúdennos a cargar esta vara —nos dijeron a la venida—. Estábamos emparamados con las camisas amarradas en las cinturas y todos nos pegamos de la vara, bajando por el pantanero.

—¡Culicagaítos para si estorban! —dijo uno de ellos cuando estaban engrasando la vara y tomando cerveza, por la tarde ya, en la acera de la cantina.

—No nos dejemos humillar —dijo uno de nosotros—. Vámonos a recoger tapas y nos ponemos a hacer cascabeles para las novenas.

—No, hermano, todavía falta mucho para los pesebres —contestó otro de nosotros—. Es mejor que veamos poner la vara y por ahí derecho nos subimos.

-¡Hum, de aquí a que pongan esa vara ya está de noche, manito! —dijo otro de nosotros.

El sol brillaba en la grasa de la vara al día siguiente.

Trajeron costales, trajeron trapos y lazos. Limpiaron desde abajo hasta donde les alcanzaron las manos y después amarraron los lazos con nudos corredizos para irlos subiendo a medida que limpiaban arriba, con los pies apoyados en los ojales de los lazos. Cada uno subía, limpiaba un pedazo y bajaba. Hasta que alguien dijo:

—Vamos a cortar chamizos para árboles de navidad.

—Aquí fue donde se resbaló Coky cuando bajábamos con la vara —dijo Guerrero, cuando subíamos por la manga.

—No cortemos pinos para que no nos vayan a disparar los celadores, —dijo Pablo cuando llegamos a la arboleda—, cortemos mejor guayabitos porque esos son los buenos.

—Bueno, ¿y a cómo los vamos a vender? —preguntó Ganzúa cuando les estábamos quitando las hojas a los arbustos cortados.

—Yo no sé —dijo Pablo—, el mío no lo vendo por menos de diez pesos.

—¿Diez pesos?, si nos dan cinco, estamos hechos —respondió Coky—.

El sol estaba picante, las ranas cantaban en la quebrada.

—¿Quién quiere ir conmigo a cine? —preguntó Pablo, contando los cuatro pesos que le dieron por el chamizo.

—Yo, pero voy a comer primero porque todavía no he almorzado.

—Yo también. Ya vuelvo.

—Los que van para el Ayacucho —dijo Guerrero cuando bajábamos por la cuarentaicinco.

—Hoy no viene la censura. Dejános entrar.

—No puedo. ¿Quién va a pagar quinientos por cada uno?

—Dejános entrar. Vos también fuiste pelao.

—Ya les dije que no.

—Pero mirá, home. Te damos ahí pa'l tinto.

El portero era un hombre alto, de manos grandes. Nosotros estábamos ansiosos imaginando el interior del teatro, donde las luces ya habían sido apagadas.

—Mirá que ya empezaron los cortos.

—Ya les dije que no.

El Ayacucho era una construcción antigua y sólida revocada en granito. La puerta de galería daba a la parte de atrás del teatro.

—Te damos tres pesos fuera de las boletas.

—No.

—Te damos cuatro, pues.

—Bueno. Pero si pasa cualquier cosa se esconden en el baño.

Entramos.

—Operador, soltó al que vende salchichón.

Un cigarrillo iba de mano en mano, iluminando siluetas, hasta que alguien lo lanzaba hacia adelante, sin saber contra quien.

#### 4

Ganzúa dio una vuelta en la cama, y el rayo de sol que había entrado por la ventana cayó en sus ojos. Sin levantarse, corrió las cobijas y apareció su cuerpo en pantaloncillos: piel blanca, alguna cicatriz ligeramente borrada; como un par de botones, las tetillas hundidas; los brazos sin músculo; la clavícula marcada en la piel, igual que las costillas, igual que todos los huesos. De un salto se encontró de pie y, como el pájaro que camina sobre la arena, así caminó él por la habitación huyendo del sol.

“Como una pluma que cae deben ser los pasos”.

Buscó en el escaparate, tomó unos pantaloncillos que se acomodó en la cabeza y salió. Primero fue al lavadero para enjugarse la boca, después entró en la cocina. Se tomó la taza de aguapanela con leche que su madre había servido al sentirlo despierto.

Dejó la taza en la poceta y corrió al solar donde tenía un juego de pesas que él mismo había hecho con tarros de saltines rellenos de cemento, atravesados por una barra. Durante más de media hora, estuvo

levantando pesas y mirando sus músculos en el espejo que colgaba junto al lavadero. Finalmente, entró al baño.

Cantaba:

“De pronto se oyó un tango  
que muy lejos se oía,  
sentí dentro de mi alma  
una honda sensación  
sentí que aquel encuentro  
las notas me atraía  
y como una loca...”

Cuando terminó de bañarse, volvió a la pieza; se vistió, apagó el radio que había permanecido prendido durante toda la noche y salió.

—¿Qué hubo? —dijo al llegar a la esquina.

Nadie le contestó, pero en todos los rostros había una expresión de confianza.

Petróleo estaba recostado contra el muro, con el pie derecho tocando la pared; tenía las manos al frente, la una sobre la palma de la otra, desmenuzando con los dedos. Al verlo, Ganzúa sacó el último “cuero” que le quedaba y se lo entregó. Encendieron y el “barillo” fue pasando de mano en mano hasta convertirse en un punto de brasa sobre unos labios expertos.

Había pasado media hora cuando Petróleo lo llamó aparte:

—Hermano, la vida es una güevonada.

—Tranquilo home.

Petróleo era también delgado, negro, de pelo crespo como un cúmulo de ochos en la cabeza, de apariencia endeble y manos lánguidas. Había nacido en La Toma una noche de diciembre entre el ruido de las papeletas. No conoció a su padre y su madre le cambió el alimento por un tetero de aguapanela tibia. Nunca fue a la escuela y un día apareció en el barrio robando mecató en las tiendas y porcelanas en las casas. Desde la esquina comprendía que vagar y robar, no eran otra cosa distinta que la vida. Peleando con palos aprendió el manejo de las manos y los pies; peleando con cuchillos, niño todavía, mostró su habilidad mayor. El día que murió su madre de una infección en el vientre, prometió muy pronto acompañarla para siempre, y en el barrio empezaron a mirarlo con temor porque el cuchillo, de pronto, en sus manos iba en busca de sangre.

—¿Sabe qué, Petróleo?, prendamos el otro.

—No me la baraje, manito. Lo que le quiero decir es que uno no tiene nada. Ganas de familia, de una pelada pa' pasar bacano, ganas, pero nada.



—¿Sabe qué? Pise suavemente.

## b

De pantalones cortos, anchos. Los huesudos pies apoyados en los lazos en mitad de la vara. Con la mano izquierda abrazaba el palo para sostenerse, mientras limpiaba la grasa con el costal de la mano derecha.

—¡Bájate pues, que ya me toca a mí! —le gritó La Cusca.

—¿Bájate?, esperará un momento a ver.

—Yo no sé, pero si no se baja de allá, lo bajo a piedra.

—¡No jodás, home! —intervino Coky—, mirá que ya se va a bajar.

—¿A bajar? Que me baje si es capaz.

—¡No le vas a tirar! —le gritó Guerrero cuando vio que La Cusca se agachaba—, ¡no le vas a tirar!

La Cusca se sentó en el suelo y esperó unos segundos. Después eligió una piedra con la mirada: redonda, no muy pequeña. La acercó con el pie, sacó la mano derecha por debajo hacia atrás e inclinó el cuerpo hacia ese lado.

La piedra apareció subiendo con fuerza. Pasó muy cerca del cuerpo en la vara y cayó lejos. Ganzúa sintió el zumbido de la piedra y la vio caer adelante. Tiró el costal, sacó los pies de los ojales y se deslizó hacia abajo, rápido. Al llegar al piso corrió hacia La Cusca y lo insultó, le lanzó golpes que muy pronto dieron en el pecho, en la espalda, en el hombro, en la cabeza y en la cara de La Cusca, quien reaccionó de inmediato, sacando el codo y cuadrándose al frente.

—¡Eso, pegale Ganzúa, dale duro! —dijeron desde el corrillo que inmediatamente se formó en torno a ellos.

## 5

¿Qué hora es?

Petróleo dio media vuelta, miró hacia la torre de la iglesia, la que se levantaba sobre las casas del barrio.

—Falta un cuarto para las doce.

—¡Uy!, hermano. Me tengo que pisar.

—No se vaya, pelao. Hoy no me deje solo.

—Es que me tengo que ir. Tengo que ir al Salvador.

—Entonces déjeme que lo acompañe, manito. Yo me quedo ahí conversando con la cucha mientras usted hace lo que tenga que hacer, ¿entiende? Pero, ¿sabe qué? Armemos el otro antes de arrancar.

—Bueno, hágale y nos vamos.

Los demás hablaban en voz alta. Con naturalidad pasaban de un tema a otro y a otro, reían, contaban chistes, comentaban cosas. La Cusca, sentado en el quicio de la puerta, dirigía los ojos hacia ellos de cuando en cuando, sin mover la cabeza; agachaba la ceja derecha y clavaba su mirada en Ganzúa. Veía su silueta delgada frente a la de Petróleo; lo veía mover las manos, sentía el movimiento de vaivén permanente de su cuerpo y apretaba los dientes, respiraba hondo.

En la carnicería había flujo de personas, señoras en su mayoría; quienes entraban, hacían algunos comentarios, compraban un trozo de carne después de saludarse mutuamente y salían de nuevo. Desde la acera, ellos podían oír fragmentos de las conversaciones que se fraguaban en torno al mostrador en el recinto adornado por la res desollada. El ruido continuo del motor del congelador era el fondo de las voces que salían por la puerta y que, al igual que los olores, se esparcían en el aire hasta difuminarse. Predominaba el olor a sebo sobre el olor de las carnes y sobre el olor de las verduras, donde —a su vez— el más fuerte era el olor del repollo.

Mientras Ganzúa y Petróleo armaban y fumaban con los demás, llegó hasta sus oídos una conversación:

—¿Dónde fue? —preguntaba una voz aterrada.

—Aquí, en la propia acera de la carnicería —respondía la otra voz, un tanto aflautada— le robaron todo lo que tenía y después le dieron una puñalada en un brazo. De milagro no lo mataron.

—¡Qué cosas, Dios mío, estamos jodidos!

—Viejas güevonas —comentó Petróleo.

—Calma pelao. No se acelere. ¿O qué? ¿Qué cree que iban a decir? no viejo man, así son las cosas. Cada uno con lo suyo ¿entiende?

—¡Qué va, hermano! esas viejas no saben nada de nada y se vienen ahí con cuentos. Me emputan esas viejas.

—Está bien, está bien pero cálmese. Y si quiere desaburrirse conmigo, es mejor que vaya prendiendo el mecho de una, o si no, nos vemos porque me piso.

Tras decir esto, empezó a caminar. Petróleo lo siguió.

—¿Sabe qué, Ganzúa? —Gritó La Cusca al verlos partir.

—¿Qué?

—Nos vemos.

—Nos vemos.

//

*... Fue un diciembre, yo estaba subido ahí en la vara de premio de la cantina, sin camisa, limpiando con un costal la grasa que le habían untado. El me gritó que me bajara y tal, que ya le tocaba a él. Entonces fue cuando me insultó y a mí me dio verraquera. Me hice el que me demoraba más y seguí limpiando. Ahí fue cuando una piedra me pasó zumbando por la cabeza y cayó arriba, más acá de la farmacia. Entonces, yo que me bajo a toda del palo y lo enciendo a golpes: tun, tun, tun. El se me cuadró y empezamos a darnos, pero apenas vio que yo le estaba cascando, se me agarró y empezó a morder y a tirar pata. ¡Ah! Conque vas a morder, hijueputa. Y le empecé a dar codo y cabeza y pata hasta que me lo quitaron cuando ya lo tenía todo reventado, echando sangre por las narices. Y de lejos me gritaba: "Esto no se queda así. Déjate y verás, esto no se queda así...". Yo estaba contento porque lo había reventado. "¡Eso Ganzúa, eso!", me decían algunos. ¡Qué alegría la que yo tenía!*

6

El modo de caminar de ambos era el mismo: las manos sueltas a los lados, relajadas, como péndulos adelante y atrás; los hombros parecían impulsar sus respectivos pies en cada paso con un suave tirón hacia adelante; cuando los tenis tocaban el piso, la rodilla se flexionaba en corto y todo el cuerpo parecía irse en esa flexión para levantarse en el siguiente paso en un ritmo continuo, ondulado, simple. Pero no sólo en el caminar eran semejantes, también los movimientos de la cabeza para dirigirse hacia los lados, al frente o hacia arriba parecían de un único ser, al igual que cierto guiño de la ceja derecha al mirar y, un tic periódico de chuparse el labio por entre los dientes superiores. Todos los movimientos insignificantes del cuerpo y de sus partes, el lenguaje y hasta el repertorio superficial de las ideas se habían ido pareciendo, aprendiendo y moldeando entre los dos en el contacto permanente, en el mutuo amor y en la identificación mutua, hasta presentar esa mueca unánime que eran bajo el sol de mediodía, caminando por la orilla derecha de la calle hacia abajo, de oriente a occidente, entre las casas y las gentes del barrio.

—¡Qué chispita! —dijo .

Petróleo no contestó, parecía no haberle oído. Iba a la derecha con los ojos clavados en el suelo; caminaba con puños cerrados y, a su paso, chutaba cajetillas, pedruscos, papeles. Sumido en su tensión, ajeno a todo. Cuando se le presentaba una piedra más o menos grande, la golpeaba duro hasta sentir dolor en sus dedos dentro de los tenis.

—Vida perra —musitaba.

Ganzúa, en cambio, se veía tranquilo, feliz podría decirse.

—Serenos, muchacho, serenos —le habló.

—Es que no me puedo calmar, hermano. No puedo, no puedo. Me sube la verreaquerita por dentro y me revuelve las tripas ¿entiende? A mí que se me pongan de frente, como los hombres, para matar y comer del muerto ¿entiende?

En ese momento cayó junto a ellos una pelota amarilla de carey, que venía disparada desde la cuadra siguiente tras el grito de gol de uno de los jugadores. Petróleo la hizo a un lado con el pie. Ganzúa se detuvo, fue a buscarla, hizo una finta con el cuerpo y le dio con el empeine para levantarla hacia las manos del muchacho que venía tras ella y que se elevó ágil, para colgarse de la pelota en el aire y darse media vuelta, bajarla, pegarle y correr al frente de la portería construida con dos piedras en mitad de la calle.

A Petróleo le molestó aún más la indiferencia de su amigo, quiso decirle algo, pero prefirió seguir caminando sin alterar el ritmo de sus pasos, sintiendo el corazón como un mazo de tambor de pecho golpeando hacia afuera, oprimido por la preocupación. Ganzúa tuvo que correr para alcanzarlo, justo cuando atravesaban el campo de juego, entre cuerpos sudorosos de respiraciones agitadas.

—¿Qué es la cosa, mano?

—¡Cual cosa, ni que hijueputas! —rabió Petróleo—. Usté no le para bolas a uno por estarse aliñando ahí con los manitos esos. Qué me va a preguntar por cosas ni cosas; mejor siga con la aliñaderita que yo me arreglo solo, me preocupo solo y me muero solo. ¿Sabe qué? no me pregunte nada de nada. No como de nada.

—¡Uy, hermano, qué piedrita la que tiene! Y se le salió sola porque nadie le ha hecho nada. No que estaba aburrido y tal, y que no me deje solo hoy, me decía ahí con cara de preocupado. Pero ¡qué va, hermano! Cuénteme el chorro que me va a contar y no aleguemos güevonadas.

Le puso la mano en el hombro y apretó los dedos bajo la clavícula, de tal modo que el otro sintió el calor de la palma, la presión dispersa y el temblor de los nervios que se crispaban apretándole la piel, gritando en silencio el mensaje justo y único. Los músculos de Petróleo se relajaron y Ganzúa lo sintió en su mano, en el aire. Era como si hubiese empezado a respirar de otro modo, un tono de respiración esperanzado; como si esa mano que apretaba su hombro lo defendiera de todos los temores y soledades

acumuladas en su espíritu. El partido de fútbol que atravesaban, continuaba en su furibunda lucha; parecía que nada en el mundo existiera para los jugadores, aparte del pedazo de honor que se disputaba en el juego; en algunos balcones había mujeres asomadas con el rastro de la noche anterior, sin bañarse, en vestido de trabajo de casa, como quien se levanta a sacudir el polvo, a barrer y a trapear oyendo canciones en la radio y, asomándose, a ratos, al balcón o a las ventanas. Ganzúa iba mirándolo todo, registrando con sus ojos las casas, los rostros, los cuerpos, el color del aire bajo el sol fuerte; Petróleo, en cambio, no levantaba la cabeza, sentía los alientos de las personas y de las edificaciones por encima; sólo veía el piso, los papeles, las piedras, las vigorosas piernas que pasaban corriendo tras el balón.

Bueno. Le voy a contar, hermano —dijo, y empezó—: Esta mañana, llegué a la carnicería cuando el revueltero entraba con su carrado de legumbres. Y yo que llego, cuando sale La Cusca de la casa limpiándose las lagañas. Como que me estaba echando visaje, porque eso fue llegando yo y el mancito saliéndome al encuentro: “Qué hubo, hermano”, me dijo. “Nada, pelao”, le contesté, y ahí fue cuando arrancó: “¿Sabe qué, llavecita?: cuídese”. “Tampoco”, dije yo. “¿Tampoco? Si quiere que le diga, a usted lo van a levantar”. “¿Levantar?”. “Sí; si no quiere ser muñeco, piérdase”. A mí me dio risa, hermano, dizque muñeco yo. Ahí fue cuando le contesté: “¿Sabe qué? a mí me bajan dormido”. El hombrecito levantó los hombros así como los levanta él: “Yo no sé, pero póngase las pilas”. “Tranquilo, hermano” le dije yo. Pero el hombre hablaba con tanta serenidad, que me fue dando miedo o no sé qué. Y para acabar de rematar, me dijo: “Hace como cuatro días que salió y se está preparando para bajarlo a usted”. Eso me dio putería y le contesté: “Le voy a dar tiro, o me lleva él a mí, o me lo acabo de llevar yo a él”. Y La Cusca me contestó: Él no le cae de frente, él es espaldero, llave”. Y eso fue lo que me quedó retumbando en la cabeza. Me retumba por dentro, hermano; me da golpes y golpes: tun, tun, tun, por dentro, hermano. Si ese hijueputa se me viniera de frente como en la pelea, le daría todo el fierro que se tragara, con ganas. Yo no sé por qué me dio pesar matarlo cuando lo tenía de papayita, yo no sé por qué.

—Serenito, viejo man —respondió Ganzúa— si la cosa es así, madruguémosles nosotros. Ellos como que son muy llavecitas, y La Cusca como que quiere irse de paseo por el cementerio, porque últimamente no hace sino buscarme el lao. Fresco, ya me lo encontró, y vamos a ir despachándolo de una vez. Yo sé dónde se mantienen ellos. Esta noche le mandamos saludes a San Pedro con las dos pinticas esas.

—Pero acuérdesse que La Cusca está de fullerito con revólver y tal.

—Tranquilo, mano. Yo también tengo. Aguántese y verá. Hagamos la vuelta que tenemos que hacer, y esta noche les arreglamos el caminao, o nos lo arreglan ellos a nosotros.

Petróleo no respondió. Las palabras de su amigo, le infundían una infinita confianza. Ambos se sumieron en sus respectivos pensamientos, caminaron del modo unánime que lo hacían, dieron vuelta a izquierda y a derecha por el sendero que conocían a ciegas, confundidos entre el número abundante de

gentes que transitaban por las mismas calles sin reparar nada extraño en sus figuras tan comunes, tan habituales, tan parecidas a otras tantas que se cruzaban de un lado a otro.

Llegaron al Salvador, frente a una casucha de puerta azul muy pequeña se detuvieron. Ganzúa golpeó con los nudillos.

## C

Ahora tapamos con las hojas de plátano —dijo Pablo, cuando ya teníamos la choza armada con palos de guadua.

—Déjenme ayudar a mí también, que yo no pongo problema —pidió La Cusca, que acababa de llegar con la camisa untada de sangre.

—¡Qué machacada la que le pegaron a usted, por estar de traicionero tirando piedras! Se burló Guerrero, que estaba poniendo hojas de plátano en el techo de la choza.

—Lo recibimos —dijo Pablo—, si le pide perdón a Ganzúa.

Ganzúa parecía no estar oyendo lo que se decía porque seguía tranquilo poniendo hojas, pero sí estaba oyendo y no le importaba nada de lo que dijeran; no le iba ni le venía si La Cusca entraba en la choza o no, y no se preocupaba porque La Cusca le pidiera perdón o no. Ahí callado remordía sus pensamientos sin que se le notara. Su cara menuda no sufría ni el menor cambio, era como si tuviera un rostro de hielo. En cambio a La Cusca le dio rabia que le exigieran pedirle perdón a Ganzúa y más aún, después de que por dentro lo estaba queriendo ver muerto y se lo imaginaba en un ataúd. “Qué bueno que se muriera o que viniera un bus y lo matara”, pensaba y, ese pensamiento, se le veía en las pupilas que miraban de reojo acordándose de los golpes que le habían pegado. Sin embargo, no quiso decir que tenía rabia y se dio cuenta que ya íbamos a terminar la choza y, que si no ponía por lo menos una hoja, ya no iba a poder jugar en la choza en todo el diciembre, entonces se hizo el bobo y dijo:

—Bueno. Yo le pido perdón.

—Pídale pues —contestó Pablo.

—Sabe qué Ganzúa, perdóneme por haberle tirado esa piedra a la traición.

No le costó ningún trabajo decir lo que no estaba sintiendo y todos nos dimos cuenta, pero lo dijo y lo dijo con la boca llena. Ganzúa se quedó callado, pero seguro él también estaba verraco con La Cusca, aunque se sentía satisfecho por haber ganado la pelea.

— Ganzúa, dale la mano pues —ordenó Pablo.

Ganzúa estiró la mano como si estuviera poniendo una cosa ajena en el aire. Se dieron la mano y La Cusca empezó a trabajar. Ahí sí se veía contento. Yo me puse a pensar en esas manos estiradas sin ganas y me di cuenta que los dos eran iguales y que por eso había tanta piquiñita entre los dos. La Cusca era más cobarde, pero los dos eran iguales.

## 7

Tras la puerta que se abría, apareció una anciana envuelta en un batón de flores.

Ganzúa miró el trapo que cubría su frente, mientras Petróleo veía el borde de la falda contra los calcetines que arropaban sus piernas.

—No mires hacia abajo, muchacho —dijo la anciana—, mantén la frente en alto.

Se hizo a un lado de la puerta para que ellos entraran; Ganzúa adelante. Al poner el pie sobre la baldosa verde, Petróleo quiso responder algo, pero no encontró qué decir y levantó la cabeza como obedeciendo. Se encontraban en una pequeñísima sala en la que había dos viejas sillas y un corazón de Jesús en mitad de la pared. Al fondo, en escalas, se veía un patio, más allá la puerta del baño, frente al espacio de la cocina, y la puerta del solar en el último muro, abierta, por donde entraba un torrente de luz. La casa tenía un olor a antigüedad, a naftalina guardada en viejos escaparates y ese era el olor de la anciana. Ganzúa siguió derecho hasta el patio, donde empujó una puerta a su derecha y entró en el segundo cuarto de la casa. Petróleo se detuvo en la sala y esperó mientras la anciana cerró la puerta; se dio vuelta y le pidió:

—Siéntese— sin alterar la expresión serena de sus ojos. —Petróleo se sentó, ella habló de nuevo:

—Hoy traes una tristeza más honda, muchacho.

—No, vieja, qué va —respondió él.

—Si quieres que insista, estás equivocado. Voy a hacerte café.

Petróleo la vio desaparecer en la segunda escala que llevaba de la sala al patio y, unos minutos después, la vio aparecer por allí mismo con un pocillo humeante en un plato pequeño. Desde la habitación donde Ganzúa había entrado llegaban voces.

— Me regala un cigarrillo para fumar con este tinto —dijo, recibiendo el plato con su mano derecha y sosteniendo la oreja del pocillo con la izquierda.

Una de las voces que llegaban era suave. La anciana sacó un cigarrillo de su seno y lo puso en el plato, junto al pocillo, para que él lo cogiera mientras ella obtenía la caja de fósforos desde el mismo lugar. El pocillo se chocaba demasiado contra el plato en las manos de Petróleo.

— Estás que casi lloras, muchacho — dijo la anciana después, sentándose. Sentada, continuó: Debo hacer algo hoy contigo. Es la tercera vez que entras en esta casa y siempre te has sentado en esa silla a pensar por dentro, sin conversar, con miedo de hablar; pero hoy no tienes miedo de hablar, hoy tienes otro miedo.

—Qué va, cucha —dijo, tratando de mostrarse tranquilo por medio de un movimiento de hombros.

La anciana comprendió que era inútil buscar las palabras, pero estaba obligada a indagar la suerte de Petróleo porque había sentido un terrible frío cuando él pasó junto a ella, al entrar. Sin embargo, no estaba dispuesta a confesar esa sensación, ni siquiera para averiguar qué le pasaba a él.

Lo miró detenidamente: el pelo crespo, la piel tersa—negra, la nariz recta, las fosas anchas arriba de los labios. Se le ocurrió decir: “Tienes el olor de la muerte”, pero comprendió de súbito que esa frase no podía pronunciarla de ningún modo.

Petróleo fumaba, tomaba tinto. La voz de mujer que llegaba desde la habitación era tan firme como la voz de la anciana, aunque era imposible comprender desde allí lo que estaba diciendo.

La anciana se paró y entró en la primera pieza, que estaba separada de la sala por una cortina blanca. Regresó con un mazo de cartas envuelto en un pañuelo delicado bordeado de flores.

Toma estas cartas, muchacho. Revuélvelas todo lo que quieras, como se te ocurra, y escoge una de entre todas ellas.

Al recibir la carta, la anciana respiró profundamente y, con cierto apresuramiento, recogió las demás y las envolvió de nuevo en el pañuelo.

—¿Qué pasa, cucha? —preguntó Petróleo cuando empezó a notarla preocupada y se llenó de curiosidad por saber de qué se trataba el juego.

— Nada, muchacho, es un juego que me asusta y por eso no quiero continuarlo. Vamos al solar, debes contemplar la luz del día con todos tus ojos. No sabemos si mañana puedas mirarla también. En el solar hay pájaros y tienes que oír el canto de los pájaros, hay una era de cebollas y voy a mostrarte el color verde de la cebolla. No te preocupes, muchacho; lo que aún no ha sucedido es tan inmóvil como lo pasado.

Petróleo no entendió lo que la anciana decía tras de sus palabras, pero se distraía con los movimientos y la voz segura y las arrugas y la apariencia y el olor que ella despedía. Con el transcurrir del tiempo, sin darse cuenta, iba sintiendo a la anciana como un juguete que se mueve con toda la gracia de su mecanismo, y empezaba, a su modo, a jugar con ese juguete que era la única persona, aparte de Ganzúa, que lo había tratado con cariño y confianza.



— Voy con usted al solar, vieja, y aprovecho para contarle las arrugas — le dijo. Había perdido el miedo y casi podía sonreír mirando el rostro de la anciana, quien ahora lo tomaba por el brazo para llevarlo al solar.

Cuando pasaron por el patio descubrieron, sin preocuparse, que las voces que salían de la pieza se habían vuelto murmullos. Petróleo se dejaba llevar de la anciana como una hoja se deja llevar por el río. Pasando por la cocina, ella le pellizcó el brazo y ambos sonrieron; al llegar al solar, penetraron en la claridad de la luz, sintieron el olor de la tierra y recibieron, de súbito, el colorido del solar: margaritas amarillas — dispersas—, dos rosas —una rosa y otra blanca — en la esquina contra el muro, la negra tierra y el pasto verde.

## d

Ganzúa madrugó a subirse a la vara de premio —dijo Guerrero—, lo vi con la cara engrasada tratando de trepar otro poquito.

—Hoy es el día de los alumbrados —dijo

Coky — voy a recoger una bola grande de esperma de colores.

—Cuando bajemos por la Playa, me voy a robar un paquete de papitas y no le voy a dar a nadie — prometió Ganzúa.

—No diga bobadas, hermano, que cuando un hombre quiere hacer una cosa se queda callao —le respondió La Cusca.

—Yo no sé, pero apuesto a que me lo robo y nadie se da cuenta, o cuánto vamos al que primero se lo gane.

— ¿Cuánto vamos?

—Esta choza es más bacana que una casa de verdad —dijo Pablo, para que Ganzúa y La Cusca dejaran la apostadera.

“Como que ya se les olvidó la pelea”, pensé. “A estos dos los va a coger el año nuevo, apostando a ver cuál de los dos es más verraco. Ayer se dieron golpes y hoy están junticos en la misma piedra dentro de la choza”.

—Tengo ganas de que esté de noche para ver los bombillos en los árboles —dijo Guerrero.

En mi casa vamos a poner dos hileras de velas de colores y vamos a quemar una gruesa de chorrillos —habló Coky.

—Yo tengo ganas es de ver los alumbrados del centro —dijo Guerrero.

—Hoy no tengo casi ganas de hablar —dijo Pablo —, porque estoy pensando en el baile de la terraza de la esquina de don Pedro. Hoy sí voy a sacar pareja y a tirar paso.

Metidos en la choza, hablábamos como si cada uno estuviera pensando en voz alta unas cosas y callando otras. El sol se filtraba por las rendijas de las hojas de platanera y hacía figuritas en las cabezas o en el suelo de la choza. El tiempo pasaba despacio, sin que nos diéramos cuenta de que se demoraba para pasar, ni de que pasara. Teníamos tantas ganas de esa noche, que era como si alguien, por crueldad, nos la corriera para más adelante.

—Pusieron tres hileras de bombillos verdes de torre a torre —gritó Guerrero cuando llegamos a la avenida junto al teatro Pablo Tobón Uribe y llenaron los árboles de bombillos como yo creía.

—Huele a crispetas, huele a churro, huele a papa frita y a perfume de mujeres perfumadas —dijo Coky.

Caminando codo a codo por la avenida iluminada, entre la multitud. La Cusca buscaba el lado de Ganzúa como un perro faldero siguiendo el paso de su dueña. Ganzúa cambiaba de lado para evitarlo, pero él lo seguía automáticamente. Jugaban al gato y al ratón sin darse cuenta. Yo lo sabía porque era el único que vivía en la observación y meditación sobre el grupo, a nadie más le importaban los movimientos mínimos de cada uno. Me mortificaba saber que no podía abandonarme a la vida íntegra como ellos; ellos lo vivían todo desde sus obsesiones, entregados a sus gustos, a sus tendencias primitivas.

— ¡Qué colores tan tesos, mangos de bombillos rojos, naranjas verdes de bombillos entre las hojas, manzanas azules y blancas, prendidas colgando de las ramas! —dijo Coky, jugando con la bola de esperma que había recogido en los alumbrados de las casas del camino de bajada. —Qué bacanería poder comprar un pito de esos que lloran como un niño, para bajar haciendo bulla como toda la gente —me dijo Guerrero.

—Ahora más tarde, me van a ver tirando paso en el baile de la esquina de don Pedro —dijo Pablo, haciendo ademanes de bailar, apretando a una muchacha de aire en mitad de la calle.

Ambiente de fiesta en los rostros que subían y bajaban bajo el reflejo de las luces multicolores: claridad distinta en el aire, en todos los objetos. Ganzúa se separó de nosotros y se arrimó a una multitud que rodeaba un ventorrillo de papitas. Cuando nos alcanzó, más abajo, tenía un paquete en la mano y dijo:

—Se los dije, me lo robé sin que nadie se diera cuenta y no le voy a dar a nadie. Sus ojos eran otra luz de alegría incontenible.

Mira, muchacho, qué hermosa es la luz del día.

El sol pegaba contra la alta hierba, contra los muros, atravesaban sus rayos el aire y todo era nítido en el pequeño rectángulo del solar.

— Mira esa era de cebollas jugosas, muchacho. Respira profundo el olor de la tierra. Si pones cuidado, distinguirás el aroma de las rosas y el de las margaritas. Ese olor terroso que sientes en el fondo es de col, observa bien el verde del colino de col. ¿Cuántos verdes llegan a tus ojos? ¿Cuántos perfumes penetran en tu piel? Este es el día, muchacho, la callada vida de las plantas. Escucha bien el silencio y oirás el sonido de la tierra; mañana tú volverás a ser tierra, escúchala, huélela, mírala, siéntela, hoy, desde aquí, hoy, ya, deja que te hable con su silencio y encomiéndate a ella, muchacho.

La anciana hablaba con la misma voz tranquila y firme, sin alterar la expresión serena de sus ojos. Petróleo la escuchaba en silencio; no entendía muy bien lo que ella le decía, pero obedecía mecánicamente, absorto, como si el dominio de su voluntad estuviese abandonado a esa voz, y cuando la anciana le decía que mirara el verde de la col, él miraba hacia los tres colinos y comparaba su color con el verde de las cebollas y el de la hierba, respiraba cuando ella decía, huele; y se iba llenando de una paz de la que él mismo no tenía conciencia.

Ella lo miraba en toda su figura flaca, negra, con el plato ahora en la mano izquierda y el pocillo tomado por la oreja.

— Dame acá esos trastes.

— ¡Uy, cucha, no me dí cuenta cuándo me fumé el cigarrillo! — ¿Quieres otro? — Bueno.

— ¿Más tinto? Bueno.

La anciana recibió plato y pocillo, dio media vuelta y atravesó el torrente de luz hacia la penumbra de la cocina. Llegó a la poceta de cemento donde descargó el plato y enjuagó el pocillo. Puso el pocillo en el poyo, levantó el colador de trapo con la izquierda, la cafetera con la derecha y sirvió. Descargó de nuevo la cafetera en la parrilla, metió el colador en la taza de donde lo había tomado y caminó hacia la sala en busca de los fósforos. Al pasar por el patio sintió movimiento de cuerpos en la pieza, sintió respiraciones agitadas, sintió el crujir de una cama. No se inquietó, no pensó nada, no alteró sus movimientos.

Llegó a la sala, recogió los fósforos, tornó hacia la cocina para tomar el tinto y salir de nuevo al solar.

Petróleo había descubierto un camino de hormigas en el caño y estaba acurrucado mirándolas cuando ella llegó. No quiso interrumpirlo, se detuvo a mirarlo. Él estaba jugando a soplar las hormigas para ver cómo reaccionaban con el viento: ensayó primero a soplar suave y continuo; las hormigas apenas sí se detenían y continuaban cuando él descansaba para tomar aire; ensayó luego a soplar más fuerte y la fila se deshacía

porque las hormigas afectadas rodaban hacia los lados perdiendo sus cargas, entonces sopló más fuerte, más fuerte, y las vio rodar hacia todas partes, insistiendo en continuar cuando estaban libres del viento. ¡Ja! se reía con una risa cruel y volvía a tomar aire, a soplar.

—Toma tu tinto, muchacho.

—Oiga, cucha, las hormigas son verraquitas, jja!

Ella le extendió la caja de fósforos, él la recibió. Ella se llevó la mano al seno, sacó un cigarrillo y se lo entregó, sacó otro que puso en su boca y esperó a que él le diera fuego y encendiera, para entregarle el tinto y recibirle los fósforos.

—Son verraquitas — repitió. Ella no contestó, guardó los fósforos en el seno y volteó el cigarrillo en su boca para fumar con la brasa por dentro.

Petróleo se tomó el tinto de un sorbo y devolvió el pocillo. Ella volvió a la cocina mientras él se acurrucaba de nuevo frente a las hormigas y comenzaba a soplarlas, ahora con el humo aspirado.

Cuando ella regresó, ya se había cansado de soplar y las azuzaba con el dedo, corriéndolas de un lado a otro, sin dejar de reírse. Después empezó a oprimirlas suavemente con la yema del índice: elegía una, la apisonaba, levantaba la mano y esperaba a que se repusiera para hacer lo mismo con otra y otra, aumentando cada vez la fuerza de la presión y la intensidad de la risita, hasta que encontró una que ya no se repuso y las siguió aplastando del todo, volviéndolas nada sobre el cemento. Pero también de ese jueguito se cansó, entonces comenzó a acercarles la brasa de su cigarrillo, primero a distancia y después más cerca, más cerca, más cerca, hasta achicharrarlas.

— ¡Son verraquitas, ja! — repetía.

///

¡Ay!

No, no es nada. Es un dolor bajito.

No. Está bien. Mejor córrame la almuada hacia arriba y ayúdeme a subir.

Quiero descansar.

Así quedo bien. Listo.

Qué va. ¿Lo primero que yo me robé? ¿eso era lo que te estaba contando? ¿sí?, entonces pará la oreja: fue en diciembre. Ibamos ahí por la Playa y tal, mirando alumbrados. Aposté con La Cusca a que me robaba un paquete de papitas sin que nadie se diera cuenta. Todo el día pensando: me lo tengo que ganar,

me lo tengo que ganar. Y me lo gané. Había un gentío el hijueputa, en todos los vendederos racimos de gente, y me arrimé a un tumulto de esos y me metí por entre las piernas de la gente y el vendedor tan ocupado. Yo vi que me quedaba de papayita. Puse la mano en el paquete, lo jalé, me salí por donde me había metido y nadie se dio cuenta. ¡Qué alegría la que me dio cuando los alcancé con paquete de papitas en la mano! Pero, ahora que me acuerdo, eso no fue lo primero que yo me robé. Ya me había robado unas manzanitas de coco en la tienda y una bolsada de pan en la panadería de tu papá y una porcelana en la casa de Celia y a mi papá le había robado plata y a mi hermano le había sacado revistas para vender, ya era mucho lo que había robado cuando eso.

## 9

La anciana descubrió cierto brillo de satisfacción en los ojos de Petróleo. No le dijo nada; sacó, serena, el cigarrillo de su boca y lo lanzó hacia el fondo, junto a las margaritas. Sobre el batón de flores tenía un delantal amarrado a la cintura; el pelo blanco asomaba sobre el trapo que rodeaba su frente; eran incontables las arrugas de su rostro; las manos esqueléticas se movían firmes y armoniosas en el aire. Petróleo continuaba con su risita, había olvidado su preocupación por la muerte; la presencia de la anciana y las hormigas que había matado, lo trajeron a la superficie, al lugar de la conciencia donde no se piensa porque los sentidos están atentos a percibir, embriagados, cada uno en lo suyo. La anciana lo vio dar media vuelta, caminar dos pasos hacia la tierra del solar y acurrucarse frente a una altamisa silvestre que ella tenía para hacerse tratamientos de vapor. Mientras lo miraba pensó:

“¡Cómo estás de satisfecho, muchacho! Nos vuelve siempre la paz cuando la muerte se avecina y, tú la has encontrado en esta vieja desconocida que te quiere como a un hijo o como a nieto desgraciado. Matando hormigas has alcanzado la última tranquilidad y ahora estás ahí, acurrucado como un pollito entre la hierba. Olías a muerte cuando cruzaste la puerta y sacaste la parca cuando te mostré el tarot. No estarás vivo para mañana y mírate qué sencillo, qué dócil te acurrucas ahora, junto a la tierra, la negra tierra, la tierra madre. De ella vienes, a ella vas, ¡cómo estás de cerca, muchacho! Encomiéndate a la tierra: tus ojos que ya no verán la luz, tu carne que mudará de apariencia y tus huesos que serán cenizas. ¿A quién encomiendas tu alma atormentada? Al viento la tersura de tu piel morena, a la luz del día nuevo tu juventud, tus dientes blancos a la luna de plata y al sol el color negro que te envuelve. Sea bien recibido tu cuerpo, descanse tu espíritu”.

— Oiga, cucha — la interrumpió—, cuénteme cosas de su vida.

— ¿Qué estás pensando, muchacho?

— Me acordé de mi mamá mirando esta altamisa. Yo casi no me acuerdo de ella porque me da tristeza y me van dando ganas es de matar gente, de migar puñaladas, ¿entiende?

—Y ¿qué quieres que te cuente?

— ¿Usted cómo era cuando estaba pelada y cuando estaba joven?

La anciana sonrió.

—Acompáñame a la cocina y vamos charlando mientras caliente el almuerzo.

## e

Espérate a que llegue el veinticuatro pa' que te subás a esa vara —le gritó Coky a Ganzúa, quien estaba desde por la mañana tratando de correr los lazos unos centímetros más hacia arriba de la vara de premio. Coky jugaba con su inmensa bola de esperma, lanzándola de una mano a otra.

¿Por qué ese amor de Coky por una bola de esperma?, me preguntaba yo, mientras trataba de quitarle el corcho a la montaña de tapas que teníamos en la acera de la cantina. ¿Por qué a Ganzúa lo único que le importa en este momento es subirse a la vara de premio? ¿Por qué Pablo no habla sino de tirar paso y de apretar peladas bailando?: “¿si me vieron?”, nos preguntaba esta mañana. “Bailé con todas las parejas y me amacisé por lo menos a tres. Bailé bolero con Blanca, ¡qué titinura de bolero!” . ¿Por qué a La Cusca no le importa sino imitar a Ganzúa y oponerse a él? ¿Por qué a Guerrero no le preocupa nada, hace lo que venga, lo que le toque hacer, sin miedo, sin preguntas? ¿por qué yo vivo de las preguntas y de la observación minuciosa de lo que pasa? ¿por qué no tengo una idea clavada como todos y me entrego a ella con todas las ganas? ¿por qué no me importan— ni el pesebre, ni los cascabeles de tapas que estamos haciendo para cantar en las novenas, ni las peladas del baile, ni la bola de esperma, ni la vara de premio?

Coky se sienta junto a nosotros.

—Esta es la tierra —dice, mostrando su bola de colores.

—¿Cuál tierra? —pregunta Guerrero.

—La tierra. Donde vivimos. Nosotros vivimos en la tierra y es así redonda como esta bola de esperma. Esta es la tierra, mejor dicho: aquí estamos nosotros. Ahí metidos, viviendo.

En este momento, Ganzúa se desliza de la vara y alcanza a oír la última frase de Coky.

—El veinticuatro llegó a la punta —insinúa, orgulloso—. Tengo que subir un pedacito todos los días para llegar el veinticuatro.

— Nosotros somos pedacitos invisibles de esperma metidos en la bola —continúa Coky.

En la cantina, el piano está prendido. Ganzúa se ha bajado con la cara engrasada, tiene la marca del cuello de la vara, Coky está junto a él, lanzando la bola de esperma al aire para atraparla con la otra mano y volverla a lanzar. Guerrero, sentado en la acera, junto a mí, está machacando tapas con una piedra, igual que yo, tan callado que su presencia es apenas el golpeteo de la piedra en la tapa y una íntima respiración. Lo que suena en el traganíquel es un bolero de Roberto Ledesma: «Méteme tres balazos en la frente,/ haz con mi corazón lo que tú quieras/ y después por amor, declárate inocente/.» Jorge lo oye continuamente y lo seguirá oyendo dos o tres veces diarias, hasta dentro de unos seis años cuando abandone la cantina y la familia para irse. Oigo la música, veo a Guerrero, a Coky detrás de Guerrero, a Ganzúa detrás de Coky, parado, recibiendo el sol de las dos de la tarde contra su costado. Pablo no está con nosotros, La Cusca no está con nosotros, pero saldrá de su casa cuando entremos a la choza más tarde, dentro de un rato.

Continuaré haciéndome preguntas mientras todo sucede fuera de mí.

## 10

Fueron juntos a la cocina. La anciana encendió la olla a presión para calentar las lentejas; después, silbando una canción, se encaminó hacia la poceta y lavó los trastes sucios. Petróleo se había sentado en una banqueta que había en el centro frente a la vieja mesa M comedor, y desde allí le pidió:

— Qué hubo pues, cucha, ¿me va a contar o no?

La anciana empezó a hablar sin suspender sus labores y, mientras calentó lentejas, arroz, tajadas de plátano maduro, le contó que había sido una niña muy extraña porque a los siete años había descubierto en ella misma una manera de percibir las cosas que se alejaba mucho M sentimiento de sus compañeras: Yo por ejemplo, llegaba a un lugar y respiraba profundo para sentir el olor de; aire y en el olor sabía si el lugar era bueno o malo. Si era un olor suave, que acariciara las narices, me ponía contenta, me sentía tranquila; pero si era un olor fuerte, una especie de mezcla de sabores repulsivos en la nariz, me sentía nerviosa y no podía hacer nada en ese lugar. Un día entramos a un salón de la escuela y el olor que allí había encerrado era repulsivo como el olor de la caca. «Aquí no entro yo», le dije a la profesora. Ella me regañó por grosera, pero yo insistí: «Aquí pasan cosas malas». «¿Por qué?», me preguntó ella. Se llamaba Luz Marina, la señorita Luz Marina. «Porque huele a caca», le respondí. Ella metió la cabeza en el salón y aspiró duro por la nariz. «No, sólo me huele a húmedo, a cuarto cerrado», dijo. «Es por debajo, señorita. Debajo de ese olor huele a caca, a cosa mala». En ese momento la profesora nos disimuló la situación señalando unas golondrinas que volaban

rápido, casi a ras de piso, en el patio de la escuela. Salimos a mirar las golondrinas y todo se nos olvidó. Muchos años después comprendí que a ella le había dado miedo la seguridad con que yo hablaba y había preferido respetar mi intuición sin saber por qué. Yo creía ser una niña de otro mundo, que mi mamá no era mi mamá, sino que me había recogido de entre unos arbustos donde había caído del cielo, de otro planeta. Constantemente pensaba en las razones por las cuales estaba en la tierra en forma de mujer. «Yo vine a este mundo a cumplir una misión. Algún deber tengo que cumplir y todavía no sé cuál es», me decía. Era un extraño convencimiento. A cualquiera le hubiera parecido ridículo y lo hubiera confesado, pero siempre lo guardé como un secreto y me dediqué desde entonces a saber cuál era mi misión en este mundo. Muchos años después lo supe y comprendí que no era ningún ser de otro planeta, ninguna persona extraña, sino una mujer de verdad, corriente y moliente como todas las mujeres, con una misión en la vida, dada por un ordenamiento superior, al igual que todas las criaturas de la tierra.

Le contó que a menudo reconocía, con una asombrosa naturalidad, los lugares donde no había estado nunca: pasaba frente a una casa y miraba su interior a través de la puerta entreabierta, y en la rápida visión de la luz del patio comprendía que esa casa no le era ajena: Me ponía a jugar, un juego que era para mí sola y que no podía compartir con nadie: Esta casa tiene cinco habitaciones, me decía, en la primera hay una cama doble de guayacán y un escaparate con espejos, en la segunda hay tres catres de metal y hace nueve años murió en ella una jovencita que iba a tener un niño, y así, hasta recordar todos los pormenores del interior con una memoria que me poseía de repente, pero que no podía controlar con mi voluntad. Varias veces tuve la oportunidad de comprobar que era cierto, pero no podía contarle a nadie porque de algún modo sabía que esas cosas no son para andarlas divulgando entre la turba.

Mientras repartía las lentejas en cuatro platos hondos y sobre ellas echaba una cucharada de arroz y dos tajadas maduras para cada plato, le contó que ella desde niña se complacía en comparar el color del aire de un lugar y de otro, de un día y otro día; en contemplar la luz del sol sobre la hierba, sobre los tejados, sobre la ciudad levantada en el valle y que el aire, el viento, sabían reconocerla desde niña, porque me abrazaban y el viento venía desde el norte por el cañón del río para envolverme milímetro a milímetro como queriendo levantarme, sacudiendo mi pelo y mis vestidos, murmurando secretos que sólo el viento y yo conocemos, trayéndome el aroma del mar lejano, en su silbo sobre mi piel descubría el itinerario de su viaje, sus choques contra bosques y montañas, sus convulsiones entre las nubes que consigo trajo. El viento me habla, me envuelve, me acaricia, me ama.

Le contó también que desde muy niña aprendió a comparar los secretos gestos de los rostros y los cambios en las miradas, y así aprendí a conocer también la historia de los hombres en el matiz de sus miradas, en las grietas de sus rostros, en los signos que el tiempo y la vida y los hechos van dejando en el cuerpo, en la piel, en los ojos.



Desde la habitación salieron dos cuerpos envueltos en toallas. Cruzaron el patio y entraron al baño en medio de risas y murmullos que llegaron hasta la cocina. La anciana, al escucharlos, se dio media vuelta sobre sí y gritó: —Ya está el almuerzo.

Después caminó con un plato en cada mano hacia la mesa donde Petróleo la miraba en silencio, esperando que continuara, ella continuó: A los ocho años tuve el primer recuerdo de otras vidas, fue una tarde de junio. El sol no había salido en la mañana, las montañas que rodean la ciudad, detrás de la bruma parecían más lejanas, remotas; el aire mismo era húmedo envolviéndolo todo. Después M mediodía cayó tremendo aguacero, ví el granizo sobre la hierba. Yo estaba detrás de la ventana mirando caer el agua, con el dedo hacía dibujos en el vaho de la vidriera; la ciudad estaba calladita allá abajo, se oía el golpeteo de los goterones contra el tejado. Limpié un vidrio a la altura mi rostro y apoyé en él la nariz y los labios para mirar la lluvia más cerca. De pronto, en el fondo del agua entreví un callejón por donde iba una multitud enarbolada gritando. Yo estaba apoyada en la chambrana de un balcón; la multitud, conducida por una pasión escalofriante, me daba miedo. De alguna manera supe que ese era un recuerdo y no un simple sueño, entendí que esa niña serena bajo la lluvia, era también una mujer aterrada.

## f

La noche ha caído sobre la ciudad. Una mano inmensa pasó por la nave cóncava del cielo, recogiendo la luz de la tarde, dejando tras de sí la penumbra y el brillo de las estrellas. Hemos entrado a la choza y aquí estamos sentados en torno a la piedra del centro. Guerrero juega con un palo de paleta en la tierra; ha hecho una carretera en el suelo y pasa su palito zumbando con los labios como si manejara carro. Coky está junto a mí, parece pensar en la bola de esperma que ya no tiene en sus manos. Ganzúa discute con La Cusca, sobre las posibilidades de ganar en la carrera del veinticuatro en la cantina. Yo, como de costumbre, los observo; sé que ninguno de ellos me puede ganar una carrera de encostalados, pero no tengo el valor de decirles que se olviden del primer puesto y, prefiero esperar a que termine para que lo descubran ante los hechos. Me avergüenza no poderles advertir la suerte de la carrera; me siento como quien traiciona con su silencio, pero no hay remedio, no soy capaz de decirlo.

—Me madrugo, me subo a la vara de premio; bajo, me pongo el costal y me los meto a todos de esquina a esquina —dice Ganzúa; brillan los *ojos* en su cara menuda.

La Cusca no responde nada, pero por la expresión de su mirada se puede concluir lo que piensa: «¡Hum, qué va, este Ganzúa no es sino creído! » Seguro piensa eso, pero se lo guarda muy adentro, lo

esconde en el fondo de la caneca. Esconder lo que piensa es su ley, pero mientras más lo intenta, más evidente asoma en sus *ojos*.

—¿Cuántas estrellas habrá en el cielo? —pregunta Coky, como si hablara consigo mismo.

—En el cielo está todo el pesebre —responde Guerrero, dejando el palo en el suelo — : el pastor con su rebaño, el niño Dios y los tres reyes magos, ahí está todo.

De pronto, descubro que estamos mirando por un hueco que hay en el techo de la choza hacia el fondo del cielo donde titilan luces blancas. Las actividades han concluido: Ya no se discute la carrera de encostalados, Guerrero ha olvidado su carro de palo de paleta, ahora todos miramos hacia el cielo. Nadie dice nada, cada uno se pierde como si soñáramos con una pompa de jabón, con una burbuja. Supongamos que el mundo es una burbuja que viaja en el universo, una pequeña nave tripulada de pequeños seres que nacen , viven y mueren. Una burbuja en el espacio, en el tiempo.

## 11

Los que estaban en el baño salieron envueltos en toallas, cruzaron el patio y entraron a la pieza de nuevo. La anciana había puesto los cuatro platos de almuerzo sobre la mesa y se había sentado para continuar con su historia. Petróleo la escuchaba atento, totalmente concentrado.

— Cuando tenía quince años, me enamoré para conocer el amor. Después supe que ese era un juego de niños; eso creí por un tiempo; después — mucho después — comprendí que así era el verdadero amor. En el amor están incluidos el odio, la indiferencia, la mentira y la verdad.

Para Petróleo era muy extraño lo que ella decía, pero al mismo tiempo —de algún modo— sentía que todo era cierto.

Pero yo me estoy perdiendo, muchacho continuó ella —. Lo que te quiero decir es que mi misión en la tierra era amar, enseñarles a los hombres el amor. Pero descubrí que a los hombres les da miedo entregarse a un amor total, jugarse la vida en el amor. Cuando cumplí treinta y cinco años, comprendí que estaba sola y que detrás de mí había una larga historia de amores perdidos, entonces decidí ser madre, dejé que la vida sucediera y obrara según el azar para que éste eligiera un padre. Nació una niña que creció a mi lado, se hizo mujer, se hizo madre y, unos años después, murió. Yo sigo haciéndome vieja, muriendo despacio, esperando a que mi nieta no necesite más de mí para irme, regresar a la tierra.

Los que estaban en la habitación, salieron vestidos y se sentaron en la mesa, sus cuerpos irradiaban la frescura M baño.

—Se ve rico el almuerzo, abuela —dijo la muchacha. El cabello mojado caía en cadejos sobre sus hombros, los ojos miraban serenos; se movía lento, pero con armonía, como quien corta el aire suavemente con su presencia.

Petróleo miraba a Ganzúa, peinado, fresco, alegre. «Hermano, usté si que pasa bacano», pensaba. «Qué bueno sería tener una chimbita».

## IV

*Todo lo que pasa es como debe ser. Aquí estoy en el hospital, en esta pieza de enfermos separados por cortinas: Conocemos a cada uno por la voz de sus quejidos. Mientras te cuento pedazos de mi historia, pienso en aliviarme para matar, y pienso en Petróleo; se fue sin conocer muchas cosas.*

## 12

Almorzaron casi sin mirarse, casi sin hablar. Después de terminar, la muchacha se levantó, sus movimientos eran suaves, rítmicos, su cuerpo atravesaba el aire prodigando frescura y belleza.

— Sígame contando, cucha. — Eso es todo, lo demás no cuenta.

Era una vieja cocina de poyo de cemento y armarios en las paredes, sin ventana, con una puerta hacia el solar y un espacio libre hacia el patio. El baño quedaba al lado izquierdo, diagonal a la pieza M patio. Petróleo desde la mesa, lo sentía a sus espaldas; al frente suyo tenía a la anciana y detrás de la anciana, la parrilla sobre el poyo. El ambiente de la cocina tenía un aire oscuro, pero entraba el chorro de luz M comienzo de la tarde y algo de olor a tierra del solar, que llegaba hasta la puerta de la calle, atravesando el ámbito de la casa.

La muchacha caminó hasta el solar y sobre su cuerpo cayó la luz M sol, su cuerpo saliendo hacia el pasto. Ganzúa, que estaba frente a la puerta por donde ella acababa de salir, miró su pelo mojado, su espalda bajo la camiseta ancha, ligera, blanca; las piernas que se iban bajo sus bluyines desteñidos, y comparó cada una de las líneas de ese cuerpo con el recuerdo de su propia piel.

La anciana pensaba en la niña que había estado detrás de una ventana, mirando hacia afuera el granizo que caía sobre el pasto, la bruma y la música de la lluvia cayendo contra todo. Interiormente, la

anciana parecía hablar con esa niña: “¿quién eres, niña, recordando una tarde lejana? Yo te recuerdo a ti, del mismo modo que tú; apoyando la nariz contra el vidrio, recuerdas a esa mujer que mira desde el balcón, recuerdas la turba que se acerca gritando en una lengua que ahora tú y yo no comprendemos. ¿Somos las tres una misma mujer en tiempos muy distintos, o cada una es sólo una ilusión de otra que aún no está, pero que llegará en el momento que le corresponda, como yo que no estaba contigo esa tarde, pero he llegado a ella y a ti en este instante?”

La muchacha volvió a entrar desde el solar. Ahora venía de frente, traía una margarita blanca en las manos.

¿Por qué te llamas Agata, abuela?

La abuela no contestó; lo cual era natural porque la muchacha no esperaba respuesta. Delicadamente fue arrancando los pétalos de la margarita y enredándolos en su pelo: «Me visto de fiesta para recibir la muerte», dijo casi en silencio. Petróleo escuchó la frase con indiferencia, como quien oye una serie de sonidos suaves.

## g

Sentémonos en esa estrella que hay ahí y miremos hacia la tierra desde allá. ¿Qué vemos?

—Lo mismo, estrellas brillando en el cielo.

—Dejen de preguntar güevonadas; juguemos mejor chucha o mamatoco —interrumpió Ganzúa.

Se acabó la conversación con las estrellas. Ninguno de nosotros sabe nada de mañana. ¿Mañana? ¿Eso qué es? Estamos metidos en esta choza montados en el tiempo, el tiempo es un caballo para montarlo y nos va llevando. Somos (pienso) un grupo normal de niños jugando. En China, a lo mejor, hay un grupo de niños como nosotros también metidos en una choza, y seguro hay uno que no está del todo con ellos, sino mirándolos como si a su edad, de diez años tal vez, fuera un anciano: A lo mejor en China hay uno que se siente tan solo como yo.

Aquí, por lo menos, cada uno sigue un sendero propio, sin compañía. Ganzúa va por su camino y su camino tiene principio y fin, tiene las líneas trazadas; La Cusca va por el suyo, y estos dos caminos se encuentran y se despedazan.

Después la muchacha se acercó a la mesa, recogió los platos, se alejó despacio hacia la poceta. Su cuerpo danzaba en el ámbito de la cocina, cortaba el aire como una nube que anda suave por el cielo y Petróleo se mordía los labios imaginando el color, la tersura de la piel de esas nalgas que templaban los bluyines hacia afuera. Ganzúa sentía su olor pegado a la piel y, sin darse cuenta, comprendía el pensamiento de Petróleo: un hilo de vanidad recorría la médula de esos huesos. La anciana no cesaba de pensar en la niña que había sido una lejana tarde bajo la lluvia; como si el recuerdo tuviera la propiedad de revivir las sensaciones recordadas, sentía el ruido de la lluvia caer contra el pasto silencioso, veía las goteras golpear y rodar por el vidrio: era de nuevo esa niña aterida.

El chorro de la poceta caía contra las manos de la muchacha, que jugaban con los platos jabonados. Sus ojos miraban firmes el paso de las manos por la superficie de los platos. Para Petróleo, el pensamiento de la muerte se había casi olvidado. El deseo de besar, de tocar y ser tocado que le producían esos labios, lo estremecía interiormente, haciéndolo perder en su propio fondo, mientras el rostro expresaba un gesto de rencor.

Contrario al de Petróleo, el rostro de Ganzúa envejecido, sonreía satisfecho. Pensaba: “Salimos a las seis, llegamos a la casa, busco el popo que tengo en la caleta y, decile adiós al mundo, Cusca, porque te vamos a matar”. Le era tan natural el odio, que éste no alcanzaba a reflejarse en su cara.

La anciana sintió cómo el recuerdo de la niña aterida bajo la lluvia se desvanecía, y en su lugar, se hacía más fuerte cada vez el sentimiento de la mujer perseguida por una turba: Tenía un cabello largo que le envolvía todo el cuerpo, en el callejón relumbraban las antorchas de los fanáticos. Sus manos, se aferraban a la baranda y en un instante lo comprendía todo. El tropel y los gritos llegarían hasta ella y las manos tomarían su cuerpo, las llamas lo abrasarían. “¿Por qué el sueño de horror de una niña es un recuerdo natural para una anciana?”, se preguntaba.

La muchacha terminó de lavar los platos, fue por la toalla y volvió donde la abuela para abrazarla, hablarle cosas, hacerle cosquillas, reírse juntas.

## h

Antier sí pasamos bacano metidos en esa choza, pensando en las estrellas. ¿Ya vieron la luna? —Sí.  
—Nos está persiguiendo. —La luna es una mujer castigada. — ¿Quién dijo? —Yo sé.  
(Trotando codo a codo desde El Salvador por las avenidas hacia los bomberos).

— Contá. —Era una mujer común y corriente. Tenía el mejor marido. Ella era muy linda, vivía desnuda. Yo la ví una vez, qué cuerpo. —¡Qué va, home! ¿Cuándo la viste? —Yo la vi. Era la mujer más linda, qué cara. La más linda. —Este sí es mentiroso. —No crea, pues. Vivían aquí en Medellín, pero hace muchos años.

-¿Cómo cuántos?

-Muchos.

(Las máquinas rojas de los bomberos a la izquierda).

-El marido era bueno, pero Ella lo despreciaba. Se creía por linda. Se casó con El por pesar, y le daba rabia que la tocara. A El le daba rabia que a ella le diera rabia, hasta que se fue poniendo rojo. El cielo se mantenía oscuro. Después ella se enamoró de El, pero El ya no la quería.

Qué va, hermano, eso son mentiras.

-No. Es verdá. Así fue; todo lo que cuenta mi papá es verdá.

(Trotando por Ayacucho hacia arriba, la iglesia de Buenos Aires a la derecha).

-Contá pues.

-A los dos los castigaron. Cuando se enamoraron al mismo tiempo los separaron. El se puso rojo de la rabia y Ella se puso azul. Los condenaron a perseguirse, pero nunca se pueden encontrar. Cuando El sale, Ella desaparece y cuando Ella sale, El desaparece. Ella persigue a todo el mundo a ver si lo encuentra. Por eso nos está persiguiendo. Miren y verán.

(La iglesia y la cancha de Miraflores a la izquierda, más arriba la recta de Alejandro Echavarría, la manga de la India a la derecha en la oscuridad).

-Miren a la luna. Es verdá. Nos está persiguiendo.

## 14

No molestes más, muchacha —suplicó la abuela — , déjame preparar el tinto de sobremesa.

La muchacha persistió en el juego por un momento, pero la anciana logró zafársele y acercarse al fogón para tomar la cafetera y disponerse a preparar el café.

Con los mismos movimientos exactos, la muchacha se alejó por el corredor hacia su pieza. Petróleo y Ganzúa vieron cómo desaparecía en el patio al entrar en su habitación.

— Hermano. ¿Usted cómo se consiguió esa hembrita tan de todo, tan chimba, hermano? — preguntó Petróleo, complacido interiormente con el vacío que se creaba en sus vísceras al pensar en lo que decía. Ganzúa ignoró la pregunta, pero aun así se acentuó

el gesto de vanidad en su rostro. El gesto nada decía de los pensamientos obsesivos de Ganzúa. Imaginaba una y otra vez el cadáver de La Cusca sobre el pavimento como si éste fuera un sueño de ángeles.

## V

*Nací como soy. Antes de recordarlo soy así. Violo los límites que mi conciencia le impone a la vida. Ideas perversas recorren mí mente y mi voluntad las lleva a cabo; es entonces cuando me llega el placer y algo esencial se muere en mí. Matar o que me maten, igual que Petróleo. Matar al hombre que creció conmigo y aprendió conmigo a robar porcelanas, a desvalijar carros, a saltar muros y correr sobre los tejados como gatos en la noche, a enterrar el cuchillo en la carne templada del estómago, a someter muchachas por la fuerza amparados por la oscuridad y el arma, a tomar alcohol y fumar marihuana. Matar a La Cusca, el que se crió conmigo y aparece a mi lado en todos los momentos de mí vida; el que jugó, soñó, vivió y mató conmigo. Aliviarme y matar a ese hijueputa.*

## 15

Petróleo descubrió en la expresión de su amigo lo que éste fraguaba interiormente y, de inmediato, se volcó sobre su conciencia la carga total de su vida. Con una nitidez que asusta, comprendió que siempre había estado en el interior de un laberinto. Vio los senderos que le habían sido impuestos en la forma de una concatenación natural. Entendió que la resolución de ese laberinto había sido su propia vida. Desde el interior oscuro, contempló al fondo la imagen de una puerta, unos pocos pasos y llegaría la primera, la única vez.

La anciana había terminado de preparar el tinto y ahora se acercaba a ellos secándose las manos en el delantal. En ese momento apareció la muchacha con un vestido de seda, color lila pálido. El aire de la tierra, el color, el vestido y la expresión de los ojos de la muchacha guardaban una extraña armonía.

— Soy al mismo tiempo, la celebración de la vida y de la muerte —dijo. La seda lila del vestido envolvía su cuerpo, recorría su piel.

Petróleo la veía caminar como una imagen que flota, pero sabía que era real y estaba enfrente suyo, regalándole al aire su presencia. La deseaba tan vivamente, que con deseársela así, a la distancia de lo inalcanzable, bastaba. La mezcla de esos dos sentimientos: deseo y resignación, lo liberaba por completo de ella y le permitía gozarla en la inmensidad del mero instante. Lo que ella acababa de decir se cumplía en su caso: Al verla, sentía su cuerpo vibrar en cada poro, pero imaginaba su propio cadáver en el suelo, el rostro que tendría en la muerte.

— Con este vestido, soy una voz que habla en silencio — dijo de nuevo —, lila y seda es el mensaje que nace en mi ser.

Ganzúa la escuchaba con absoluta indiferencia respecto a sus palabras. En realidad a él, parecía no importarle nada, sólo atendía sus propias obsesiones, como quien con toda naturalidad, es egoísta. La muchacha lo amaba de un modo total, sin ninguna duda ni altibajo. Ganzúa recibía ese amor como si fuera un atributo más de su ego. Aunque al mismo tiempo —también con absoluta indiferencia— daría su sangre para que ella la bebiera. Ganzúa asumía el mundo como si todo estuviera dado ya y sólo faltara que los sucesos se ordenaran en el tiempo, nada para él importaba más o menos.

— No digas más tonterías, niña —dijo la anciana, cuyas manos lánguidas habían soltado el delantal para tomar el trapo de menudas flores rosa que envolvía su frente. Lo sacudió en el aire, mientras Petróleo y Ganzúa veían su pelo blanquísimo, amarillo de lo blanco.

— Tú sabes abuela, que yo hablo de lo que en el ambiente se respira — respondió con serenidad. Todo movimiento o manifestación de la muchacha, provenía, de ella en forma tan simple y segura como la respiración.

La anciana comprendió lo que la muchacha diría a continuación si ella insistía en el tema, por eso prefirió más bien reanudarse el pañuelo de flores en la frente para tornar a la parrilla y, ayudada por la muchacha, servir tinto para todos.

|

Mañana empiezan las novenas del pesebre y vamos a cantar otra vez la tutaina en la casa de las colaciones —dijo Guerrero. —Cuál pesebre, cuál tutaina, cuáles colaciones, cuáles novenas y cuál niño dios, home —respondió Ganzúa, saltando rápido a desvirtuar la emoción de Guerrero.

— ¿Cómo que cuál y cuál? —intervino Coky para defender a su hermano.



— ¡Sí! ¿cuál? ¡zque pesebres, ¡zque niño dios. Mentiras, hermano. Todo, todo eso no son sino mentiras. O ¿qué? A ustedes les da miedo del infierno? ¡Mentiras! ¡El diablo no existe! ¡El infierno no existe!

— Vos qué vas a saber. — Yo sé.

—¿Yo sé? Apuesto a que no sos capaz de amanecer solo en esta choza porque te tiemblan las güevitas de miedo.

—¿Del miedo? ¡ay, mijo! Miedo a ustedes que no son sino maricones, pensando en estrellas y en pesebres.

Ganzúa hablaba enfatizando sus frases y acompañándolas con gestos de vanidad, como quien está convencido de sí mismo y de todo lo que hace o puede hacer. Algo en la energía de su cuerpo era rotundo y convincente. A pesar de su flacura excesiva, su apariencia era vigorosa, firme. Coky lo miraba con desdén, como quien mira a otro por el cual siente desprecio, fastidio. Para la mirada de Coky, Ganzúa era menor en todo sentido: Si peleaban, si corrían, si jugaban bolas, si discutían, cualquiera fuera el objeto de comparación de sus fuerzas, ambos sabían que Coky sería vencedor, excepto para robar, donde las habilidades de Ganzúa y su inclinación natural no se podían medir con los parámetros locales de nuestra barra.

—¿Sabe qué, hijueputa? —dijo Ganzúa—. Voy por la cobija y amanezco en esta choza pa' que se de cuenta quién soy yo, hermanito.

## 16

La muchacha recogió los pocillos y, como si obedecieran a un designio mayor, cada uno tomó un rumbo particular dentro de la casa: Petróleo se dirigió al solar, mecánicamente, como si allí y sólo allí estuviera su lugar, el último de sus crepúsculos. La anciana lo vio romper el rayo de luz de la puerta, mientras la muchacha dentro de su vestido lila y seda, iba al lavaplatos y Ganzúa volvía a la habitación con la frente en alto, tensa la cabeza.

Sentí de pronto que me sacudían y me llamaban. Venía de un mundo lejano en el país de los sueños y tuve que darme cuenta que esa voz era la de mi madre, preguntándome si quería moler un maíz de natilla que habían madrugado a traer porque lo necesitaban listo desde temprano.

—Que otro lo muele porque yo estoy cansado. Anoche arreglé el pandequeso muy tarde y no quiero moler maíces.

Mi madre respetó esas palabras de súplica, me entregó el café con leche que había traído, tratando de compensar el brusco despertar, y se alejó con sus pasos firmes. Por el hueco de la pared que servía de ventana, entró un rayo de sol; por el rayo de sol subían partículas de polvo. Todas las camas estaban vacías y desde abajo venían el ruido del cilindro, la música del radio del trabajador y el olor del pandequeso caliente. Súbitamente recordé las últimas palabras de Ganzúa de anoche, cuando se fue por la cobija para dormir en la choza y me tiré de la cama corriendo; corriendo salí al lavadero, cogí una toalla y me envolví en ella; corriendo me bañé y corriendo salí de la casa con rumbo a esta choza. Cuando entré, Coky, Guerrero y La Cusca, ya estaban aquí; Ganzúa seguía envuelto en la cobija, sobre unos colchones de cartón que había preparado para dormir y no quería levantarse con el fin de que todos viéramos que él sí era verraco porque había dormido solo en la choza. Sin darme cuenta empecé a mirarlos a todos, tratando de saber qué estaban pensando:

Coky estaba tranquilo, él sabía que eso iba a suceder y no lo sorprendía puesto que para sí, en el fondo de sí, entendía que ese no era un acto de valor, sino de orgullo; y el orgullo de Ganzúa a él, lo tiene sin cuidado; en cierta forma, sólo le causa fastidio. Guerrero no estaba pensando nada respecto al hecho; la ilusión de las colaciones que en este momento debe estar recibiendo al término de la novena del pesebre en la casa de las colaciones, ha ocupado su mente por completo desde finales de octubre: para él, es un milagro del cielo encontrar el corozo en el centro de ese terrón dulce que se chupa despacio, despacio para que le dure bastante; a Guerrero sólo le importa lo que va a suceder, lo que él va a hacer enseguida y, se ilusiona con pequeñas cosas, lo demás le es indiferente; mientras yo le doy vueltas a su forma de ver el mundo desde esta choza en la noche clara él debe estar ansioso en la fila de las colaciones. La Cusca trataba de esconder la rabia, la envidia que le producía el no ser él quien estaba allí tendido sobre cartones: “qué va, qué güevonada hacerse el creído por dormir en una choza en el suelo. ¡Eso no es nada!”; así más o menos le hablaba su pensamiento, pero por fuera felicitando a Ganzúa, llenándolo de elogios, tejiendo alabanzas con su lengua de animal viscoso. Yo, esculcándolos a todos, como si la tarea que me fuera impuesta no fuera otra que la de ver y reflexionar; labor de testigo. Hace media hora se fueron para la primera novena y no quise ir; preferí quedarme acostado sobre estos cartones, pensando en cada uno, no vivir la vida misma, sino su reflejo, ser todos sin ser ninguno: soy inocente y puro como Guerrero; sereno y sabio como Coky; vanidoso y tenaz como Ganzúa; amorfo y mezquino como La Cusca soy.

En la habitación sólo cabían los tres objetos que la ocupaban: Un viejo escaparate de comino crespo con espejo en la mitad, una mesa y un catre. Estaba separada de la primera por un muro de tapia que servía de soporte a la viga mayor y, por tanto, no subía hasta el techo; ambas piezas intercomunicadas.

Ganzúa entró directamente hasta el escaparate y se paró frente al espejo, donde apareció su imagen: su cara menuda, su estructura de huesos cubiertos por tenso músculo y piel muy blanca. Con los puños cerrados, extendió los brazos a los lados, doblando los antebrazos hacia arriba y separando los pies para hacer ligeras contorsiones y, al mismo tiempo, contemplarse con deleite. Después de recorrerse con la mirada, ensayando gestos, poses, se detuvo en los ojos, relajó los brazos y se miró como quien mira a un extraño queriendo penetrar en la mirada su conciencia, su mundo íntimo. Sus ojos le dijeron a sus ojos que se amaba. Con toda la ternura y naturalidad de un amante, amaba su cuerpo, su apariencia, su modo de respirar, su ser en el mundo.

Nunca antes lo había pensado, ni siquiera sabía que esto fuera posible, pero en ese momento lo estaba descubriendo y se autocontemplaba con la misma vehemencia de todos sus actos.

— ¡Uy, jueputa, si te quiero! — le dijo al espejo.

Expresarlo, le sirvió para entender que la criatura a quien más amaba en el mundo era a él mismo. Entendió que le gustaban sus ojos volados, su cuello grueso, el color castaño de su pelo. Entendió que, desde siempre, el mundo era una bola de catapis a sus pies, para triturarlo, para sediciosamente aplastarlo como a una cucaracha y sentir con orgullo su traquido al verlo reventar.

En ese momento entró la muchacha, quien había ordenado los pocillos en la alacena después de lavarlos. Antes de cruzar la puerta descubrió el estado de Ganzúa y se detuvo por un momento a mirarlo, sus labios dejando dibujar una sonrisa, como quien descubre lo que el otro piensa y lo aprueba, se hace su cómplice secreto.

— ¿Sabe qué, pelada? — le dijo él —, entre, cierre la puerta y bájelos otra vez.

*Pero ¿sabe qué?, yo ya estoy muerto. Muerto del todo, como todos. Eso será un diciembre, el día en que cumpla veintiseis años. Ese mismo día para que todo sea perfecto. Me despertaré una mañana y viviré un día corriente del mes de navidad. En la noche regresaré a la cama, pero más tarde volveré a levantarme porque es inapelable la cita con la muerte. Caminaré por las mismas calles donde ha sucedido toda mi vida, veré las cosas y la gente que siempre he visto; cruzaré, por última vez, la esquina donde todo lo aprendí y lo hice. Antes de entrar a la fiesta, alguien me estará esperando, disparará dos veces, me partirá el corazón, así está escrito, así sucederá cuando cumpla veintiseis, por eso estoy muerto. Ahora mismo estoy hablando desde el otro lado.*

## 18

Quando Petróleo salió al solar eran poco más de las tres de la tarde, un suave viento mecía la altamisa silvestre y las margaritas. En el suelo, junto al camino de hormigas que continuaban su incesante ir y venir, encontró un trozo de madera: la punta de un palo de escoba usado, quebrado, tirado ahí. Hurgó en el bolsillo izquierdo de su pantalón y, en el instante de tocar la navaja que buscaba, vino a su conciencia una imagen olvidada desde la infancia:

El parque de la Milagrosa junto a la escuela Boyacá, un muchacho de siete años, agachado ante un balde con agua, se está lavando la sangre que mana de uno de sus hombros, tiene una herida pequeña, no muy honda. Petróleo está a unos metros, en la esquina, mirándolo desde allí; en sus manos empuña la misma navaja dentro del bolsillo.

“Han pasado doce años y todavía la tengo”, pensó. Sacó la navaja, la abrió, empezó a labrar el pedazo de madera. Tomó aire, trató de serenarse, miró a los lados. Sentía como si algo le oprimiera el pecho, como si un inmenso pie, lo estuviera pisando desde antes de nacer sin permitirle moverse con libertad: un opresor que no lo dejaba respirar, que no le admitía ser, arrinconándolo, reduciéndolo, siempre a punto de ahogarlo definitivamente. En ese momento le llegó la imagen de su madre y, mientras labraba, dejó que los recuerdos se sucedieran en su mente, llamándose unos a otros, hasta hacer una cadena, cuyos eslabones tejían la historia de su vida, desde la mañana en que vio entrar a una mujer desgredada y borracha al cuarto donde había estado encerrado durante toda la noche. Esa mujer era su madre, venía llorando y las lágrimas se mezclaban en su rostro con los mocos, con la pestañina.

Así era su recuerdo más lejano, el primer signo profundo de su vida; como ese había muchos.

.Vivían en una pequeña pieza de inquilinato en La Toma, la madre salía a trabajar durante la noche y tenía que dejarlo allí, encerrado, con la esperanza de que no despertara para que no supiera su soledad, pero él despertaba una y otra vez, agobiado por un miedo tan profundo que, aún en ese instante, diecisiete años más tarde, revivía nítidamente la sensación de sus palpitaciones en la oscuridad, aferrado a una cobija rota.

Mientras se acurrucaba, intentaba redondear la punta del madero: “Voy a tallar un peón”, se dijo. De nuevo llegó hasta su memoria presente la imagen de su madre en ese, su primer recuerdo:

Rostro moreno de nariz recta y anchas fosas metido en la almohada, ennegrecida la almohada, queriendo destrozar con los dientes la débil tela.

## k

Faltan tres días para el veinticuatro —dijo Ganzúa.

Van a matar marrano en la esquina de la cantina y van a repartir sancocho —habló La Cusca. Coky está arrodillado sacando pulso. La bola de Ganzúa está junto al hoyo, la de La Cusca, a dos metros, detrás de una piedra. En la esquina, Pablo está en toda la mitad de la vara de premio, amarrado a los lazos tratando de subir. Ni Guerrero ni yo estamos jugando bolas. Como este instante son todos los instantes de nuestras vidas. Lo que somos está puesto aquí en nuestros actos:

Guerrero está comiendo arepa con panela; comer despreocupadamente es la forma del mensaje de su vida; hace media hora prometió que iba a hacer la treintaiuna de pedos y empezó a comer para cumplir, primero se comió una naranja, después un banano, después un bizcocho negro que La Cusca le regaló y ahora una arepa con un tronco de panela. Lleva un poco más de la mitad de su promesa y nadie duda que la cumplirá. Pablo está en mitad de la vara de premio, pero la vara no le importa, trata de subirse porque hay que hacer algo y él, en verdad, no sabe qué hacer. Le gustaría mucho que las muchachas lo vieran en lo alto, sin camisa. Tal vez esa sea su única afición auténtica, las muchachas. Pablo es mayor que todos nosotros pero es uno de los menores en la barra de los grandes. A veces está con ellos y a veces con nosotros, pero no pertenece a ninguna barra. Les mata el ojo y les manda chicle a todas las muchachas, pero tampoco es de ninguna. La mitad de la vara, ese es el lugar de Pablo. La Cusca, con las rodillas en el suelo, con sus ojillos astutos, la bola bien resguardada detrás de una piedra. Hace rato está entrado pero no quiere arriesgar, está esperando que Coky y Ganzúa se maten entre sí, para él, desde fuera desde la seguridad, matar al que quede en el centro. Agazapado esperando la oportunidad, así es, así será siempre La Cusca.

Ganzúa tiene la bola junto al hoyo. Se lanzó: o se entraba y Coky le quedaba fácil, o no se entraba y quedaba expuesto a todos. Ahora le van a tirar, él es el blanco. Si le pegan, esa es su ley desde siempre y para siempre. Coky está sacando pulso, concentrándose para tirarle a Ganzúa. Por la distancia y por su puntería es muy posible que lo tumbe. Sus ojos están puestos en la bola, en el objetivo; no lo distrae absolutamente nada, está jugando bolas y eso es lo que hace, sereno, pero poniendo todas sus energías en el hecho. Yo estoy sentado en la acera, muy lejos de todo esto. Miro hacia mi derecha y al fondo de la calle, sobre las laderas del Pandeazúcar, coronando los techos de Enciso, está la construcción del Colegio San José, parecida a una nave anclada en la montaña, el arca de Noé después del diluvio varada sobre un terraplén. Miro hacia el frente y veo la ciudad que se está levantando en el centro, como si las antiguas construcciones estuvieran creciendo y haciéndose nuevas: casas de tapia en altos edificios de cemento. Miro hacia el fondo y recorro la mole de montañas que rodean el valle, donde, aferradas, suben las casuchas y la miseria en ellas. Siento la caída del sol sobre la ciudad, me acarician el viento que viene desde el norte y el viento que sopla en Santa Elena. Es como si el tiempo se hubiera detenido en este instante. En la Milagrosa el tiempo se ha detenido. A mis espaldas, mi padre recostado en la ventana de la venta de la panadería, masca un tabaco mientras oye radio; baja un bus por la cuarentaicinco y el color del aire es nítido como los ojos de un niño.

## 19

Ella obedeció, no porque se le estuviera dando una orden, sino porque su intención había sido interpretada por las palabras de Ganzúa. Llegó hasta él, mirándolo, soboreándolo en la forma de su figura, aprovechando hasta el aire que lo envolvía. Ganzúa empezó a sentir que la ropa le estorbaba. Al reconocer la belleza del rostro de ella, respiraba orgulloso, pleno, como si ese fuera otro motivo para su vanidad.

Las manos buscaron a las manos, los ojos se bebieron a los ojos. Ella quiso desabotonarle la camisa, pero él no estaba dispuesto a esperar tanto tiempo para verse libre de prendas y, ansioso, se arrancó los zapatos más que quitárselos, igual las medias, todo, y ella igual. El vestido lila y seda besando el suelo, los cuerpos cayendo en el catre. Una vez más el trance del amor reuniendo dos espíritus en uno, haciendo un cuerpo de dos cuerpos.

Ganzúa sintió de nuevo que se abandonaba a sí mismo; sus ojos se cerraron y entendió que él era un pequeño punto insignificante en el universo. Al entrar en la mujer sintió que de nuevo era engendrado y, de regreso en el vientre, estaba a salvo, tibio y seguro. Entendió que allí se tocaban el origen y el fin porque la mujer es la tierra que arropa a sus criaturas en el seno para traerlas a la vida y devolverlas cuando ésta

concluye. Entendió que él era lo que ella hiciera de él y lo demás, lo que él creía ser, absurda vanagloria. Entendió que era un pobre muchacho loco perdido en este mundo, lleno de miedo y de necesidades.

Dos cuerpos hablando juntos lenguaje de ritmo y contorsión, devorándose; dos espíritus volando lejos, muy lejos, muy lejos ...

## 1

En el momento de abrir los ojos, siento llegar la música de la cantina. Hoy es la carrera de encostalados que me voy a ganar. Hago la cobija a un lado. Ayer hubo otra pelea entre La Cusca y Ganzúa. Estoy solo en la pieza, las camas de mis hermanos están destendidas, ellos están en el trabajadero; madrugaron bastante para acabar temprano. Otra vez Ganzúa estaba machacando a La Cusca. Salgo al lavadero, Amada está lavando y canta: repite el mismo tango que se oye en la cantina de Octavio. Cuando La Cusca se vio perdido salió corriendo, ¡qué alegría la que se le veía a Ganzúa cuando se sentó en la tierra junto a la choza! Mi toalla está en el alambre junto a la ropa que pusieron a secar. Todos estábamos descuidados ahí, entretenidos, y nadie vio la piedra que vino derecho a la cabeza de Ganzúa y lo descalabró. Me envuelvo la toalla en la cintura y empiezo a bajar. Ganzúa salió llorando y echando sangre, La Cusca se escondió detrás de la carnicería en la esquina y se metió en la casa. Al acabar las escalas volteo a la izquierda y camino hasta la cocina. “¡Traicionero, hijueputa!”, le gritó Guerrero. Me sirvo una taza de café con leche y me la tomo. A Ganzúa le lavaron la cabeza y le cortaron un poquito de pelo, pero la cortada que tenía era chiquita. Pongo la taza en la poceta y entro al trabajadero; se ve que ya están acabando porque están haciendo tostadas y la artesa está vacía. La Cusca y Ganzúa siempre terminan peleando por cualquier cosa, se mantienen juntos y se buscan, pero casi siempre terminan peleando. Entro al baño, me quito la toalla, la cuelgo en el muro azul, me bajo los pantaloncillos, me siento en la taza. Después de eso seguimos jugando en la choza, pero La Cusca no volvió porque le daba miedo; los de la barra de los grandes estaban tomando alcohol con tamarindo y Pablo nos trajo; ahí fue cuando nos emborrachamos Coky, Guerrero y yo; nunca me había emborrachado. Siempre tengo que hacer mucha fuerza y me demoro mucho rato para que salga el bollo; en el radio suena música caliente, seguro en la cantina todavía están poniendo tangos o boleros de Roberto Ledesma o Felipe Pirela, pero desde aquí no se oye; mi mamá está moliendo aún maíces para natilla; hay gente que hace la natilla el veinticuatro. Yo creo que a La Cusca y a Ganzúa les va a pasar alguna cosa algún día, o si no, ¿por qué roban juntos y viven juntos y pelean tanto? Huele a pan caliente, seguro Rafael está sacando latas del horno; el olor del pan se levanta desde las latas y va impregnando el aire de la casa, todo

el aire: pasa por el trabajadero, entra en la cocina, pasa por la pieza, llega al corredor, sube por las escalas, sale por el patio, se mete en las otras piezas, en la venta de la panadería, sale por la ventana y en la calle se siente, ¡qué descanso! Abro la canilla y el sonido del chorro se une al sonido de la máquina de moler, monótono e incansable, ¿qué piensa mi mamá cuando muele maíces? De la borrachera que tenía anoche, me vomité en el corral de abajo, creo que terminé peleando con Coky y Guerrero. Yo siempre peleo con ellos como Ganzúa con La Cusca, ¿por qué la peleadera? Este chorro de agua fría le cae muy bien a mi cuerpo, como que me quita el dolorcito de cabeza que tengo por allá en el fondo del cráneo. Mi papá no me dijo nada, ni mi mamá tampoco; me vieron así todo borracho y me dejaron acostar tranquilo. Fue la primera borrachera de mi vida. Hoy me tengo que ganar la carrera. Vamos a ver si Ganzúa sí se sube a la vara de premio. Apuesto a que hoy están de amigos otra vez, así son ellos.

## 20

A currucado, respirando el olor de la altamisa y de las margaritas, labrando el trozo de madera que quería convertir en un peón, Petróleo no cesaba de recordar a su madre: Recordó el día en que lo llevó a cine matinal en el teatro Ayacucho y la mano de ella no apretaba con intenciones de castigar, no lastimaba su mano, arrastrándolo para llegar más pronto a no se sabe dónde; serena y cariñosa la mano morena que él podía mover para tocarla con su cara o ponérsela en el cuello; pausado el cuerpo de su madre caminando a su lado hacia el teatro: "Hoy te puedo comprar un cono". "Y si quiero una galleta de crema ¿me la compra?", "sí". Petróleo siempre había querido probar las galletas de crema, pero era un sueño tan lejano que ni siquiera se atrevía a manifestarlo exteriormente. Ese día pudo hacerlo, pudo probarlas. Recordó la tarde de un martes cuando había ido desde La Toma hasta la cancha de Ideaces en El Poblado a coger varillas para hacer cometas y al regresar, después de un día entero de caminar bajo el sol, "¿dónde estabas, maldito negro?" Le había preguntado, y Petróleo, de seis años, había visto un par de ojos lanzando fuego: dos llamas ardientes que en las manos morenas se habían convertido en dos cables de alambre de luz, golpeando sus piernas desnudas, sus nalgas defendidas por la tela de sus pantalones cortos. Recordó las horas eternas de un domingo en que la mano morena iba tomada de la mano de un hombre alto y montaron en bus para bajar al centro, montaron en otro bus para ir al zoológico; Petróleo veía sonreír los ojos de su madre mirando a los ojos del hombre por entre las jaulas de animales y la multitud de personas y de niños en medio del aire blanco; comieron papitas, comieron chuzo, comieron crispetas y comieron pollo ese día. Recordó la época en que a su madre se le fue abultando el vientre y aguantaron más hambre que nunca porque ella decía que no podía trabajar, hasta la noche en que el chatarrero de la segunda pieza se la llevó



en un taxi y lo que él supo después, a los días, fue que había muerto, que él iba a tener una hermanita, pero ya no. Tallando el peón, Petróleo recordó, recordó.

## VII

*Yo sé por qué me estás preguntando tanta cosa. Estás esculcando toda mi vida. Fuera de eso estuviste en mi casa el día en que yo nací y tal. Si vas a contar esto en alguna parte, contá la verdá que vos sos muy inventor, panadero. Yo te conozco a vos, así como vos a mí, por eso hemos crecido juntos y tal. Pero bueno, ese no es el caso; el caso es con Petróleo y La Cusca. ¿Eso fue lo que me preguntaste? Fue hace como siete años. Todavía estábamos muy pelados cuando eso. En ese tiempo yo estaba izque de jíbaro y ahí fue cuando conocimos al negro. Al principio, La Cusca fue el que se hizo más amigo de él, como siempre, el hijueputa de agalludo hasta con las amistades. Empezamos los tres a andar juntos y el negrito me fue cayendo bien porque era completo y derecho, no era una garulla como La Cusca, y él se fue cansando del otro, igual que todo el mundo, entonces La Cusca se puso celoso y empezó a joder la vida. Otra vez la peleadera, toda la vida peleando y contentándonos. Sin embargo, con el negrito la cosa cambió. Le voy a decir a usted una cosa: A ese negro llegué a estimarlo como un putas, como mi hermano, mejor dicho. Por eso no voy a descansar hasta que no vea el muñeco que tengo que ver. Lo tengo que ver quieto ¿entiende?... Ahí fue cuando lo hicimos a un lado y empezamos a andar nosotros dos. Todo era más bacano entre nosotros; La Cusca era un hijueputa desde chiquito. Cuando se sintió solo, empezó a hacer su gallaíta en El Salvador. Gente como él. Hace como cuatro años armaron una banda para atracar almacenes y el trabajo se les acabó porque se tiraban chuzo ellos mismos y se estaban matando en las reparticiones.*

*¡Ay!... Otra vez la picada. ¿Sabe qué? Páseme ese frasco de suero y ayúdeme a bajar de esta cama, yo me pego una miada.*

En el momento en que Petróleo había salido al solar, la anciana decidió dejarlo solo. “Vas a recordar, muchacho. A la muerte la precede el balance natural de la vida. Mira, muchacho, cómo sopla el viento contra tu cuerpo moreno bajo este cielo azul de julio. No te das cuenta que el viento hoy te ama y con sus sábanas

invisibles envuelve tu piel y te hace uno con la tierra. Muchacho, niño, puñado de tierra, puño de polvo que vuelve a la tierra, carne morena que vive y sufre, muchacho, muchacho...". Mientras pensaba, había dado la vuelta sobre sí misma y, paso a paso, había salido de la cocina.

Cuando pasó frente a la pieza del patio, la nieta estaba cerrando la puerta para correr a los brazos de Ganzúa. Sin preocuparse en lo absoluto por ellos, siguió, paso a paso, hasta la sala. Abrió la puerta, salió a la calle y, por un instante, sintió que el aire tenía un color diferente: "Este aire no es de julio, no es de hoy". En forma automática cerró la puerta tras de sí, atravesó la acera hasta la casa de enseguida y se sentó en la escala que producía el desnivel de ambos pisos. Su mente remontó el camino de los recuerdos: Vagas imágenes de la memoria o de una fantasía antigua. Sintió, de nuevo, a la niña recostada contra el vidrio de la ventana; vio, de nuevo, la lluvia cayendo afuera, el granizo contra el pasto. Por la mente de la niña pasó la mujer de largos cabellos, pero ya no era una mera imagen, sino que mientras el cuerpo de la niña estaba parado ahí, sentía la turba enardecida conduciéndola por ese callejón hacia la plaza. Mientras su cuerpo de mujer era vapuleado, llevado entre el vocerío y las antorchas, sentía en otro tiempo la lluvia suave cayendo sobre su espalda, un cuerpo joven, delgado: caminaba tras un muchacho atónito que llegó a una casa de puerta ancha, café; abrió y entraron; miró hacia la pared y vio el retrato de una bailarina española; subieron unas escaleras y las ropas besaron el piso. Allí se borró la sensación y la mujer volvió a sentir las manos que la herían, atándola en el centro de aquella plaza; con pavor vio cómo encendían la hoguera, pero la niña se estremeció en ese momento y volvió a ver la bruma que ocultaba la ciudad bajo el aguacero. En este punto descubrió que podía reflexionar desde ella misma sin que se desvaneciera la niña de su mente, ni de su sensación física. "Yo soy esa niña", se dijo. "Viví ese instante a los ocho años, pero lo había olvidado. Ahora lo recuerdo insistentemente y a ese recuerdo se suma el sueño de la niña que también había olvidado; pero el sueño de la mujer me es completamente desconocido. ¿Qué es esto, un laberinto de sueños o una realidad? ¿Soy una anciana que sueña seres que sueñan o una mujer que recuerda pasados reales, el eslabón de un ser que se repite y cambia de formas en el tiempo? ¿Soy una anciana de carne y hueso, viva, en este mundo, aquí y ahora, o un recuerdo de alguien que me sueña en otro lugar, en otro tiempo?"

m

Salgo del baño, subo corriendo a la pieza y al pasar por el lavadero me quito la toalla para que Amada me vea en pelota. Me gusta que me vean en pelota. Me visto corriendo y bajo a la venta por pandequesos y panes para desayunar. Mi papá está recostado en el mostrador, toda mi vida lo he visto ahí recostado con el

tabaco en la boca y la mirada llena de tranquilidad. Sin decir nada se corre para que pase hacia adentro y sabe lo que estoy buscando. Mi papá no necesita palabras para entender y hacerse entender, sigue ahí concentrado en la radionovela. De desayuno hago un migote de pan y pandequeso con café, y después salgo a la calle. Lo primero que veo es a Ganzúa en la vara de premio, ahí en la esquina, le falta poco para llegar a la punta.

Yo creo que llega; primero se hace matar que mamarse. Abajo, en la cantina, hay mucha gente tomando cerveza, el traganíquel lo tienen a todo volumen. Hoy el mundo es una fiesta: Trompemula está descuartizando el marrano. Se ve que me perdí la matada y la quemada. Las mujeres están echando revuelto en unas ollas inmensas y los muchachos están armando cuatro fogones de leña en la mitad de la calle, creo que va a alcanzar sancocho para todo el mundo. Todos están concentrados en alguna cosa, yo paso de un lado a otro mirando lo que hacen, mirando sus movimientos, mirando sus miradas, grabándome hasta los más mínimos detalles de cada uno, ¿yo por qué no estoy metido en las cosas como todos, sino que parezco un espectador? A mí esta fiesta me importa un culo y al mismo tiempo me da una alegría grande, pero grande. Me gusta mucho la voz de Felipe Pirela, se me mete hasta bien adentro. Felipe Pirela tiene una cosita en la voz que a mí me estremece. Canta: “No vale la pena, sufrir en la vida, si todo se acaba, si todo se va”. Los buses están bajando por la cuadra de encima, el viento sacude las cadenas de papel de globo. La Cusca está sentado ahí en la manga de la cantina, mirando a Ganzúa; apuesto a que tiene envidia porque no es él el que está llegando a la punta; le da envidia pero tampoco se sube; él es así. Guerrero le está ayudando a Trompemula a sacar presas del marrano, seguro se está imaginando el sancocho listo, en un plato humeante, para su apetito. En la cantina están preparando las competencias; Alfonso, el ayudante de Jorge, está sacando los cristales y los tira ahí en la basura, ¡en uno de esos costales me voy a ganar la carrera!

“Es mi amor tan sincero mi vida,  
ya tú ves la promesa que te hago.  
Qué me importa llorar,  
qué me importa sufrir  
si es que un día me dices que sí”

dice la voz que sale del traganíquel a todo volumen.

Ganzúa abrió los ojos. Estaba en el rincón, bocabajo. Ella lo contemplaba como la madre que cuida el sueño de su hijo y, al mismo tiempo, con la seguridad de la mujer que tiene a su hombre en brazos. Suavemente recorría su espalda con las yemas de los dedos.

— ¿Sabe qué, pelada? pásame la ropa que nos tenemos que ir.

Ella sonrió y lentamente se dio vuelta sobre sí misma, se bajó del catre, se arrodilló en el suelo. El cambió de posición y se estiró bocarriba con los ojos fijos en el techo, mientras decía:

—Vamos a matar a ese par de pintas.

Ella ignoró esas palabras. Tomó los pantaloncillos que estaban dentro de los pantalones en el suelo, se estiró hasta poner los labios sobre la frente de Ganzúa y empezó a recorrerlo en un largo beso que cubrió los ojos, el rostro, los labios; bajó por el cuello de venas palpitantes, se detuvo en las tetillas hundidas como broches de mameluco. Mordió la escalera que formaban las costillas y metió la lengua en el ombligo. Sin perder la paciencia bajó por el triángulo del pubis, lamió los testículos de abajo hacia arriba, dos, tres veces, y lo saboreó como quien chupa una paleta para abandonarlo cuando empezaba a ponerse duro.

Le colocó después los pantaloncillos y acudió a sus labios donde se mezclaron, de nuevo, los humores de ambos sexos, de ambas bocas. Lentamente fue retirando los labios para entregarle los pantalones, luego le tiró la camisa al rostro y recogió las medias que habían caído en mitad de la pieza, distantes una de otra. Cuando llegó de nuevo a la cama, él se había sentado en el borde con los pantalones puestos y empezaba a abotonarse la camisa. Ella le calzó las medias y los zapatos. El se puso de pie y sacó el fajo de billetes que tenía en el bolsillo, guardó la mitad y le entregó a ella la otra mitad. Esa era la razón fundamental que lo había llevado allí, justamente ese día. Ella la tiró sobre la cama y empezó también a vestirse.

El salió. Llegó al solar.

—Mosca que nos pisamos —habló.

Petróleo terminaba en ese momento de labrar el trozo de madera. Se incorporó, caminó hasta su lado, guardó la vieja navaja en el bolsillo.

— ¿Sabe qué, pelao? A usted lo estimo. No más que a usted.

— No diga güevonadas, hermano, y prendamos mejor el mecho.

—Un momento, llave. No se acelere. Pille que yo estoy triste hoy, ¿entiende?

Ganzúa estaba muy lejos de comprender la actitud trascendental de su amigo. Para él la vida era un paseo fácil en ese momento, sin hambre, sin frío, el cuerpo satisfecho. Era el perfecto animal vacío.

—Pille, pelao —continuó Petróleo—. Aquí le tengo un regalo importante. ¡Cúidelo hijueputa!

Le entregó la pieza de ajedrez bellamente labrada. Ganzúa la recibió indiferente y la guardó.

— Es un peón, hermano. Como yo ¿entiende?

n

La gente se ha ido aglomerando afuera de la cantina. Todos miran hacia arriba y por pequeños grupos comentan, hacen chistes, se asombran, gozan. A Ganzúa le faltan apenas uno o dos metros para llegar a la punta. Está sin camisa y tiene los pantalones arremangados hasta la rodilla; descalzo, con los pies metidos en los lazos, sube centímetro a centímetro. Tiene un trapo en una mano con el que va limpiando toda la grasa que puede. Sube amarrado de tres lazos, uno en la cintura y los dos de los pies; mientras sube uno, se apoya en el otro y va a llegar, ¡Ganzúa es un verraco! La gente, mientras toma cerveza, va preparando las manos para aplaudirlo. ¡Qué bueno es ganarse un aplauso! Yo creo que yo algún día voy a trabajar para ganarme un aplauso: veo una multitud de gente aplaudiéndome, estoy encima y las miradas caen sobre mí con alegría. No sé si soy un cantante o un futbolista o un ciclista o un payaso de circo, pero me están aplaudiendo por alguna cosa. ¡Qué alegría! Ah, pero yo sí soy güevón, me voy yendo en pensamientos y me voy elevando, o si no ¿por qué no estoy contento como todo el mundo que está celebrando la fiesta del veinticuatro? ¿por qué a mí me importa un culo la fiesta? O, mejor dicho, lo único que me importa es que Ganzúa va a llegar a la punta y es un verraco, y la carrera de encostalados que me la tengo que ganar. Apuesto a que La Cusca va a hacer trampa, pero con trampa y todo, le voy a ganar.

23

A1 salir, se detuvieron frente a la anciana, que continuaba sentada en el escalón de la acera con actitud reflexiva.

- ¿Sabe qué, cucha? - Petróleo le llamó la atención. La anciana permaneció quieta durante unos segundos como si se tomara su tiempo para venir desde muy hondo hasta la superficie. Luego volteó la cabeza y se fue irguiendo. Ganzúa la miraba indiferente, casi como se mira al aire vacío. Petróleo en cambio, había dejado ir sus ojos hasta la bata de flores diminutas bajo el delantal y había envuelto el cuerpo lánguido en el abrazo de una mirada de amor.

- ¡Qué cálido miran tus ojos, muchacho! -dijo ella. Le hablaba a Petróleo como si Ganzúa no estuviera ahí parado, como si el pensamiento pudiera anular la existencia de alguien que nos mira.

Ambos empezaron a caminar en ese mismo instante. Ganzúa pasó por un lado de la anciana sin decir nada. Petróleo llegó hasta ella y la abrazó. Ella extendió los brazos alrededor de su cintura y apoyó la cabeza en su pecho. Los dos cerraron el abrazo con fuerza y, lentamente, fueron aflojando, hasta quedar separados. Nadie dijo nada. Petróleo caminó y desde la esquina se dio vuelta para decirle adiós con la mano, borrando el aire.

La anciana entró, cerró la puerta.

El cielo estaba de azul total, sin una sola nube; en occidente el sol se mantenía íntegro en su caída; la brisa del norte envolvía los cuerpos de las mujeres que charlaban paradas en las puertas de las casas; las muchachas en chores cruzaban de un lado a otro de la calle, ágiles sus piernas, desgredados sus cabellos. Ganzúa había entrado en la tienda y cuando Petróleo pasó hacia el norte, salía destapando un paquete de Pielroja sin filtro.

-¿Mercamos? -Le preguntó Petróleo.

Respondió con la mirada, sin necesidad de mover la cabeza ni de hablar. En mitad de la cuadra, Ganzúa extendió un cigarrillo que Petróleo recibió, se llevó otro a la boca, se detuvieron; Ganzúa dio fuego, siguieron caminando.

Llegaron a la esquina donde las calles acaban: ellos venían por la carrera y al frente encontraron una hilera de casas. La calle, de occidente a oriente, termina en barranco, pero continúa en escaleras de cemento que suben a la manzana de encima. Al pasar por allí, Ganzúa hizo una seña a uno de los hombres que formaban corro.

-Un cien -dijo. Estiró la mano y cambió el billete por un paco que venía de la otra mano.

Subieron, pasaron por la escuela y siguieron caminando hacia el parque de La Milagrosa. Se detuvieron frente al convento de las hermanitas de la caridad y armaron un cigarrillo de marihuana que duró hasta dos cuadras más abajo del parque, donde, al llegar, empezaron a bajar por Suiza, la carrera treinta.

Cuando dieron vuelta en la calle cuarentaiseis, a la derecha, el sol se había ocultado y la tarde conservaba el último brillo del crepúsculo, ya no soplaban más el viento y el traje de la ciudad empezaba a cambiar de color. Justo en mitad de la cuadra, Ganzúa se encaminó hacia su casa.

- ¿Sabe, pelao? espéreme en la esquina. Voy por él, y arrancamos a buscarlos.

Petróleo no respondió. Siguió caminando; Ganzúa lo vio alejarse hacia la carnicería. Sacó la llave, abrió, entró, cerró. Cruzó el patio y entró en la cocina. Allí estaba su madre, quien al sentirlo abriendo la puerta había servido una taza de aguapanela con leche y ahora lo esperaba con ella en la mano. Ganzúa la recibió y se la tomó de un golpe.

-¿Qué hubo, mijo?

- Estábamos en El Salvador.

Puso la taza en la poceta y empezó a caminar hacia el baño. Estaba orinando cuando sintió un golpe seco, después otro, otro, otro.

- ¡Están disparando! -gritó la madre.

- ¡Ay, jueputa! -dijo él, y salió corriendo sin cerrarse la bragueta.

## VIII

*La cosa fue que se nos adelantaron porque nosotros los íbamos a quebrar primero a ellos. El negro quería quebrar al suyo y yo al mío. Hace por ahí un año nos encontramos en un baile arriba en el hormiguero y el amiguito de La Cusca se la montó a Petróleo. Yo le decía: «quieto, negro. Porque ese es un hijueputa con fama de traicionero. Si usted le para bolas, lo tiene es que matar, porque ese es de los que pegan por detrás». El me hizo caso pero a la final no se aguantó más y salieron a pelear a la calle. Yo estaba tranquilo porque el negrito era de los buenos pa' voliar fierro. «A este se lo gana fácil», pensé. Y preciso: dos vueltas de estudio y el negrito amaga por la izquierda, brinca a la derecha y le corona la primera. No se lo metió todo, pero fue tesa la puñalada. El tipo se enloqueció apenas se vio herido y se dejó venir mandando puñaladas por todos lados. Petróleo tuvo chico de acabarlo más de una vez, pero no se quiso aprovechar de su ventaja, sólo le pegó la segunda, pero sin ganas, y eso porque en ese momento no tenía más remedio. Cuando nos vinimos, La Cusca estaba cogiendo un taxi para llevarlo a la policlínica. Ahí fue donde empezó la cosa. Al hombrecito lo tuvieron que operar y tal y estuvo meses aquí en policlínica a punto de colgar los tenis, pero a la final se recuperó. Casi un año en ese trote. Cuando salió fue que le mandó la razoncita y el negrito se me puso todo nervioso, yo lo calmé y me lo llevé pa' la casa de la pelada mientras hacía una vuelta que tenía que hacer. Ya nos íbamos a preparar para bajarlos de pinta pero cuando llegamos a la casa, el negro se fue para la esquina a esperarme ahí, mientras yo me mancaba, pero yo que oigo unos totazos y salgo a ver cómo es la cosa y, lo que me pilló en la esquina es un corrillo de gente y un gentío que va llegando por las cuatro calles, y a mí que no me da nada de nada, me fue dando susto y temblor en las rodillas. Cuando llego al corrillo y me agacho por entre las piernas que se mueven y se estrujan, veo la cabeza de mi negrito en el suelo ¡hijueputa yo no sé si gritó o qué pero salí derecho pa' la casa y cogí el revólver y lo manqué. “Deben estar en El Salvador”, pensé. “Yo sé dónde se metieron esos hijueputas”. Me voy yendo pa'l Salvador, pero me olvidé de pensar, la rabia me quitó la tranquilidad y si no es por eso, ¡hijueputa!, los hubiera pillao redonditos. Cuando llegué al hoyo, llegué fue derecho y La Cusca estaba piloso por si alguna cosa, y me vio venir de lejos y se pisó, se me fue, se me fue... Después los busqué toda la noche, pero ya estaban moscas conmigo y no me quisieron dar*

*la cara los hijueputas. Le voy a contar una cosa, panadero: esa noche me fumé toda la bareta que habíamos comprado y la plata que tenía me la bebí buscándolos a ellos. Por la mañana yo estaba borracho ¿entiende? Y, como estaba en El Salvador, me fui pa' la casa de la pelada y ahí fue donde se armó la maluca. La pelada se puso a preguntar cosas y yo le conté, después no sé qué fue lo que pasó, pero resultamos alegando y ella me decía que prefería matarme ella misma que verme matado por cualquier otro no sé qué. Y alegando, alegando, le dio por coger un cuchillo, es que prefiero matarlo yo misma. Y no me diga güevonadas pelaíta y creo que empecé fue a tratarla mal y hubo forcejeo y palabrerío, ¿entiende? Por eso estoy aquí. Ya llevo un mes aquí, pero yo me alivio, le juro que me alivio y a ese hijueputa lo mato porque lo mato. ¿La Cusca? Te voy a matar, hijueputa. ¿Sabe qué, panadero? en este mundo ya no cabe uno de los dos, o me lleva o me lo llevo, ¿entiende?.*

*FIN*

*Luilli, junio 15 de 1980*

*septiembre 10 de 1987*